7625

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

NI
LA PACIENCIA DE JOB,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á tiempo	1	H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo.
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana	»
Champagne frappé	1	Miguel Echegaray	»
Céfiro enamorado	1	Luis Pacheco	»
Complicaciones	1	S. Contreras	»
Cortar por lo sano	1	A. Sanchez Ramon	»
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El egoismo	1	E. Segovia	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Entre amigos	1	F. Flores García	»
La cinta azul	1	Enrique Prieto	»
La conciencia	1	José del Castillo	»
La escalera	1	Eduardo Guillen	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las orejas del lobo	1	José Campo	»
Lazos del corazon	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza	1	José María Nogués	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por el balcon	1	Enrique Prieto	»
Por indicios	1	F. Roccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
Trigninas y filoxeras	1	Jaime Piquet	»
Un rival en la cuna	1	J. Martin y Santiago.	»
Yo pequé	1	Manuel Sala	»
A espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
La daga de Alfonso XI	2	Francisco Macarro	»
Marte, Baco, Venus y Terpsícore	2	Enrique G. Bedmar	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Despues de la boda	3	José Campo Arana	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
El cura de San Antonio	3	Ceferino Palencia	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez.	»
Las penas del purgatorio	3	J. Campo Arana (*Mit.*)	»
María Estuardo	3	José Campo	»
Ni la paciencia de Job	3	Miguel Echegaray	»

NI LA PACIENCIA DE JOB.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.

NI LA PACIENCIA DE JOB,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 6 de Octubre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.		ACTORES.
LUISA.....	SRAS.	TUBAU.
CÁRMEN.....		VALVERDE.
JUANA.....		GALINDEZ.
MANUEL.....	SRES.	MARIO.
ANDRÉS.....		AGUIRRE.
PEPE.....		BARDO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con elegancia: dos puertas en el fondo, y entre ambas mueble ó chimenea y encima espejo; puerta á la derecha en primer término y en segundo piano; puerta á la izquierda en primer término y en segundo balcon; divan á la derecha, mesa á la izquierda con recado de escribir; libros, álbums y periódicos; sillas, grandes cortinas y candelabros; sobre la mesa del fondo un reló.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y PEPE, es de noche.

JUANA. Qué tú sabes!
PEPE. Que no sé...
JUANA. Qué tú callas!
PEPE. Que no callo.
JUANA. Qué tú ocultas!
PEPE. Que no oculto.
JUANA. Qué tú engañas!
PEPE. Que no engaño.
JUANA. Es inútil que lo niegues.
Eres un picaronazo,
y eres el corre-ve-y dile
y el confidente del amo.
Tú llevas cartas y flores,

611178

traes papeles y retratos,
y entras y sales y vuelves
y ries mientras yo rabio.
Nuestra señorita llora,
la mamá se da á los diablos,
esta casa es un infierno,
el amo está condenado
y yo me muero de pena
y todo te importa un rábano,
y tú, que con la señora
has vivido tantos años,
desde niño, que eres de ella
como yo, casi un hermano,
entras y bajas y subes,
llevas cartas y regalos
y eres el corre-ve-y dile,
y el confidente del amo.

PEPE. Mas qué quieres? qué he de hacer?

JUANA. Qué has de hacer? ponerme al tanto
de lo que ocurre: yo pongo
á la señorita en autos,
y la señora, que es lista,
quizás con poco trabajo
pueda volver al redil
á ese lobo descarriado.

PEPE. Juana!

JUANA. Pepe!

PEPE. Ser espía!

JUANA. Y ahora ¿qué eres? dilo claro.
Por tus honrosos servicios
el nombre que has conquistado
es de tal naturaleza
que no pueden pronunciarlo
entre personas decentes
otros labios que tus labios.
Pues mira, si llega un dia
en que se rompa este lazo,
que es para mi señorita
grillete de presidario,
con mi señora me voy
y tú...

PEPE. No, que yo me paso

al enemigo.

JUANA. De veras?

PEPE. Como lo digo lo hago.

JUANA. Ay!... Pepe mio!

PEPE. Que amables
en cuanto consiguen algo!
Pero esto merece en premio
tus brazos.

JUANA. Vayan mis brazos!
(Se abrazan. Entra Manuel por la izquierda del espectador.)

MAN. Con el permiso de ustedes.

JUANA. (Ay, Jesús! Nos ha pillado!) (Separándose.)

MAN. Bien, Juanita!

JUANA. (Qué vergüenza!)

PEPE. Señor, por pasar el rato.

MAN. Esas tenemos, muchacha?

JUANA. (Me voy. Ya me han sofocado!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA II.

MANUEL y PEPE.

MAN. Pero Pepe...

PEPE. Señorito!...

MAN. Donde habites no hagas daño.

PEPE. Si yo no la hacía mal,
aunque me esté mal contarlo.

MAN. Pero un abrazo... por Dios!

PEPE. Le he visto dar á usted tantos!...

MAN. Y es muy guapa.

PEPE. (Jesucristo!
Si le gustará? Dios santo!
Misericordia! Dios mio!
Compasion!)

MAN. Qué estás rezando?
Ocurre algo nuevo?

PEPE. Nada.

MAN. Mira, Pepe, no seas bárbaro.
Si traen alguna carta,

no la entres cuando esté hablando
con mi mujer.

PEPE. Desde lejos
no es fácil que vea.

MAN. Ganso.
Las mujeres si no ven
huelen.

PEPE. Eso no lo extraño,
que los billetes que llegan
huelen desde más de un cuarto
de legua á almizcle, colonia,
azufre, pachulí y nardo.

MAN. Anoche llamé tres veces.

PEPE. Tengo un sueño tan pesado...

MAN. Pues tienes que aligerarle
ó vas á ganarte un palo.

PEPE. Es que el sueño no se puede
disimular.

MAN. Y tú, zángano,
en vez de disimularle
le anuncias á trompetazos.
Llaman? (Oyendo.)

PEPE, Será don Andrés.
Él es. (Acercándose al fondo.)

MAN. Márchate.

PEPE. Me largo.

MAN. No te olvides...

PEPE. (Qué peluca
para cuando llegue á calvo!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA III.

MANUEL, ANDRÉS, despues PEPE.

MAN. Andresillo! (Por el fondo Andrés.)

AND. Manolillo!
Qué cena! Se ha descansado?
Á qué hora llegaste á casa?

MAN. Ay!... Andrés mio, á las cuatro,
Tuve que llamar tres veces,
alboroté casa y barrio,

mi mujer se despertó,
entreabió los tiernos párpados,
qué hora es? dijo soñolienta:
las doce, contesté impávido,
y el reló del gabinete
contestó, pam... pam... las cuatro!
Hubo un poquito de riña
y otro poquito de llanto,
pero en fin, la contenté
y dormimos descansados.
Por supuesto, esta mañana
vendí los relojes.

AND. Bravo!

MAN. Ménos aquel que está lejos
y no se oye desde el cuarto.

AND. Y el del bolsillo.

MAN. Este no.

(Enseña una llave que lleva unida á la cadena en vez del reló.)

Se quedó con él Amparo.
Era tan mono y tan chico,
le pidió con tal agrado...
¿Y tú, Andrés?

AND. Amanecí
esta mañana debajo
de la mesa, en compañía
de otros muchos convidados.
El *champagne* me trastornó,
vine de la silla abajo
y al poco rato dormía
un sueño horrible, agitado.
Soñaba que era Sanson
y que agitaba en mis brazos
la gran columna del templo,
y era que estaba abrazado
á una pierna de Juanito,
el cual estaba soñando
con espantosa batalla
y tiros y cañonazos,
porque oia mis ronquidos,
que atronaban el espacio,
Luis, en sus sueños, besaba

el cabello de su encanto,
de su Filis, y el cabello
era el peluquin de Pablo;
y en tanto Pepito Hernandez,
de un tirabuzon armado,
se empeñaba en destapar
una botella, y en vano,
porque era la tal botella
la cabeza de Serapio,
mas si llega á tener seso
se lo saca, que es muy bárbaro.

MAN. Esa es la vida. Qué escena!
El humo de los cigarros
y el perfume de las flores:
la luz en el candelabro:
el vino que salta en olas
y que se escapa del vaso
y mancha el mantel blanquísimo
y tiñe en púrpura el labio:
del tapon el estampido,
del cristal el timbre claro,
la voz ronca de los hombres,
de las mujeres el canto:
brillantes todos los ojos,
temblonas todas las manos,
y el amor y la alegría
y el olvido y el escándalo,
y allí todos sin caretas,
como son, buenos ó malos!

AND. Y en tanto la casta esposa
duerme sueño regalado
allá en el hogar tranquilo
como en santo tabernáculo.

MAN. Por supuesto, yo la quiero
más que á todas.

AND. Yo lo aplaudo
y es natural, y lo que haces
no demuestra lo contrario.

MAN. El que tiene coche propio
lo saca en los dias claros,
pero lo cuida y lo mima,
y si llueve y hace barro

toma un coche de alquiler
para andar en malos pasos.

AND. Sin embargo, el matrimonio...
Chico, ¿por qué te has casado?
¿Por qué no imitar mi ejemplo?

MAN. Es verdad. Yo la idolatro
y me quiere y es muy buena;
pero chico, qué cansancio,
que hastío en el matrimonio
que es plantel de desengaños!
Cómo se te abre la boca
sin quererlo ni pensarlo!
Ni el maná ni la ambrosía
pueden resistirse á diario.
El dulce es bueno, más ¡ay!
á todas horas... ¡qué empacho!
Los comienzos son divinos,
delicioso el primer año!
Si tu mujer es un sol
la luna de miel ¡qué encanto!
Como tienes sol y luna
vives en el cielo, es claro.
El primer año te aguarda
al balcon; qué de cuidados!
Te recibe en la escalera
para sofocarte á abrazos.
El segundo año hace frio
ó calor ó está nevando
y ni en el balcon la ves
ni baja hasta el primer tramo:
te espera en su gabinete,
y si la das un abrazo,
le recibe tan tranquila
como si fuera de mármol.
Mas cuando el tercero llega...
¡ay! Andrés, al tercer año
las hay que si no te abrazan
abrazan á alguno en cambio.
El matrimonio es muy bueno,
muy bueno, pero muy caro,
muy bueno, pero muy soso,
muy bueno, pero muy largo!

AND. Por qué no imitar mi ejemplo
ó el de Pepe Hernandez?
MAN. Fátuo!
Vaya un modo de alabarse.
AND. La chica es un buen bocado
y merece que se alabe.
Como Lucía es muy raro
encontrar...
MAN. Divinos ojos!
Y qué frente de alabastro,
y qué manos y qué piés!
Mil veces intenté en vano...
Y á ella no le gusta Pepe.
Por qué te ries?
AND. Incauto!...
Me rio porque eres torpe!
MAN. Torpe?
AND. No has adivinado
en mis ojos que noticias
las más lisongeras traigo.
MAN. Noticias?
AND. Se marchó Pepe
esta mañana temprano.
MAN. Sigue.
AND. Esta noche, Lucía
nos espera.
MAN. Eres el diablo.
AND. Cenaremos. Tú aprovecha
la ocasion. Son ménos cuarto
las nueve. (Sacando el reló.)
Á las nueve y media
es la cita.
MAN. Iré volando.
Por derrotar á ese necio...
Es tan hermosa!...
AND. Bocato
de cardenal! Si tu esposa
se entera...
MAN. Sabré callarlo.
Por supuesto, yo prefiero
á mi mujer.
AND. Eso es llano.

MAN. Si no fuera mi mujer
yo la adoraria!
AND. Es claro!
Pero como es tu mujer...
Allí te espero. Me marcho.
Á las nueve y media.
MAN. Sí.
Daré órden al criado. (Llama.)
PEPE. El señorito llamaba? (Entrando.)
AND. Que no tardes.
MAN. Seré exacto.
AND. Á las nueve y media en punto.
Si tardas...
MAN. Pierde cuidado.
AND. Lucía no te recibe.
MAN. Prepara el traje. (Á Pepe.)
PEPE. Volando.
(Lucía... á las nueve y media...
De aquí ya sacamos algo.)
(Sale por el fondo.)
AND. Hasta luégo.
MAN. Adios, Andrés.
AND. Adios, pollo.
MAN. Adios, muchacho.
(Sale Andrés por el fondo.)
Á las nueve y media en punto.
Qué dicha si le desbanco!
(Asustado mirando hácia la derecha.)
Mas qué miro! Esposa y suegra!
Viene el enemigo. Huyamos!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA V.

LUISA, CÁRMEN.

LUISA. Es aquel Manuel?
CARMEN. Lo es.
LUISA. Desde el pasillo le ví.
Se va corriendo de aquí
cual si huyese.

CARMEN. Ya lo ves
¿Qué te pasa, Luisa?
LUISA. Nada.
CARMEN. Por qué bajas la cabeza?
Pobre niña! Qué tristeza!
Te hizo Dios muy desgraciada!
LUISA. Ay! no, mamá.
CARMEN. Sí, hija mia.
Tu esposo te engaña.
LUISA. Ay! sí!
Me engaña!
CARMEN. Dímelo á mí.
Yo sí que le conocía!
Qué pillo! Sin ejemplar!
LUISA. No le llames pillo!
CARMEN. Pues,
hija mia, si lo es,
¿yo cómo le he de llamar?
LUISA. Ese amigo, yo estoy cierta,
le pervierte! ¿por qué viene?
CARMEN. No, niña; ya edad no tiene
de que nadie le pervierta.
Víctima de torpes dolos
á su edad, ¡qué tontería!
Los hombres, pobre hija mia,
se pervierten ellos solos.
El amigo es un pillete
y este es otro.
LUISA. No por Dios!
CARMEN. Los dos, niña, y de los dos
yo con gusto hiciera siete.
LUISA. No temas, hay para el mal
un medio.
CARMEN. Pobre criatura!
LUISA. Atraerle con dulzura
y paciencia.
CARMEN No hagas tal.
LUISA. Sí, con paciencia, está visto;
atraerle dulcemente.
CARMEN. Ay! por dulce y por paciente
crucificaron á Cristo!
LUISA. No, mamá, yo le idolatro

y le atraeré con paciencia.
Lo aconseja la experiencia
y nos lo enseña el teatro.
Domina al hombre el demonio,
pero cuando el mal le tuerza
más vale maña que fuerza
en la cruz del matrimonio.
Que con sus traiciones lucho;
pues paciencia, madre mia;
que nuestra casa le hastía,
paciencia y quererle mucho;
que me trata con violencia,
paciencia; que á otra prefiere,
paciencia; que no me quiere,
y me hace llorar, paciencia.
Así en salvarle confio.
Ya verás cómo algun dia
alguna traicion impía
de otra infame, le hace mio:
cómo llega á comprender,
herido por el dolor,
que el santo y profundo amor
sólo existe en su mujer:
y al verse sólo en la vida
ya verás cómo vendrá,
y de hinojos se pondrá
ante la esposa ofendida,
y yo entónces le diré:
(Como si le tuviese delante.)
Vil, traidor, mal caballero!
No señor, yo no le quiero,
no señor, váyase usté.
Y él se pondrá medio loco
y empezará á suplicar,
y no se querrá marchar,
ni yo lo querré tampoco,
y caerán dos lagrimones
de sus ojos, y al ver eso,
qué he de hacer yo? Con un beso
se acaban esas cuestiones!
En esto tu mente fija.
Calma, paciencia, dulzura.

CARMEN. Calla, calla; qué locura!
Nada de dulzuras, hija.
Que no seas dulce te encargo
ó te darás al demonio.
Hija mia, el matrimonio
tiene un dejo muy amargo.
La que á un hombre se consagre
tendrá, tope con quien tope,
ántes del altar, arrope,
despues del altar, vinagre
El ser de quien eres hija
demuestra lo que asevero.
Un guante fué de soltero
y de casado una lija.
Dulce fuí como la miel,
mas de nada me sirvió:
cuanto más dulce era yo,
tanto más agrio era él.
Firmeza, pero con tasa
y dominar poco á poco.
Por la pena es cuerdo el loco,
y está loco el que se casa.
Sé de bronce en ocasiones,
no de cera, porque pecas.
De cera se hacen muñecas,
de bronce se hacen cañones.
Si él tiene el alma muy tierna
y es galante y corredor,
hija mia, lo mejor
será romperle una pierna.
Es remedio sin segundo;
le cuidas con amor ciego;
con una muleta luégo
ya podrá andar por el mundo.
Pero si del vicio en pos
cojo y todo se extravía,
lo más derecho, hija mia,
será romperle las dos.
Y curado, como espero,
con medio tan socorrido,
ya verás tú qué marido
tan tranquilo y tan casero!

LUISA. Ay, mamá! Qué soluciones
y qué recursos tan malos.
No se hace el amor á palos
lo mismo que los colchones.
Los palos mal medio son
y de mi plan no desisto.

CARMEN. Bien, hija mia, no insisto,
pero no tienes razon;
no; mejor se les gobierna
y mejor se les contiene
y mejor se les detiene
rompiéndoles una pierna.
Y que deplore permite
que á ese hijo de Lucifer
sea preciso devolver
por cada palo un confite.
Me desespera y me exalta
esta clase de mujeres.
Paciencia, pues que lo quieres.
Paciencia te va á hacer falta.
Te cansarás de esperar
y no volverá, estoy fija.
Paciencia te dé Dios, hija;
yo no te la puedo dar!

ESCENA VI.

DICHOS, JUANA, por el fondo.

JUANA. Se puede entrar?

CARMEN. Adelante.

LUISA. Le has hablado?

JUANA. Y me escuchó.
Al pronto se resistió
pero yo quedé triunfante.
Ante la cólera mia
cayó el mísero á mis pies.

CARMEN. Muy bien, muy bien, eso es.
¿No lo ves, pobre hija mia?

JUANA. Al fin se ha pasado á mí
y entra en la conspiracion.

LUISA. ¿Cómo no, si los dos son

cuál de la familia...

CARMEN. Si.

LUISA. De su cariño leal
ahora me están dando pruebas.

JUANA. Señorita, malas nuevas.

LUISA. Cuáles?

CARMEN. Empezamos mal.

JUANA. Tiene una cita!

LUISA. Á qué hora?

JUANA. Á las nueve y media.

LUISA. Sí?

JUANA. Lucía el nombre.

LUISA. Ay de mí!

CARMEN. Vaya, será una señora.

LUISA. Lucía... á las nueve y media...
Y le dejaré marchar?

CARMEN. No, mujer; qué has de dejar!
Esto pronto se remedia.
Nada de dulce y de suave.
No es posible ser humana.
Tú cierra la puerta, Juana,
y tráeme pronto la llave,
y baja al jardin.

LUISA. No, no!

CARMEN. Y suelta el perro de presa
y ponlo á la puerta.

LUISA. Cesa!

CARMEN. Ó si no me pondré yo.
Conque él salir? No saldrá.

JUANA. Cierro la puerta?

LUISA. No, Juana.
Es capaz por la ventana
de tirarse.

CARMEN. Ay! ojalá!

LUISA. Aunque es mi dolor profundo
no quiero que á su traicion
la pongamos un pregon
para que la sepa el mundo.
Para mí del dolor cruel
quiero todos los instantes.
Ya lo sabemos bastantes.
Dejadme sola con él.

(Sale Juana por el fondo.)

CARMEN. La lucha será empeñada;
tú el más débil de los dos:
ya me está diciendo Dios
de quién será la jornada.
Tú tienes mucha inocencia
y demasiada bondad.
Nunca oye la mocedad
las voces de la experiencia.
Vé por liberales vías,
pues lo quieres, mas tu aviso
espero por si es preciso
suspender las garantías.
Tú, hija, mis dias alegras
y ese hombre los ha nublado.
Señor! ¿por qué nos has dado
tan mala fama á las suegras?
(Sale por la derecha.)

ESCENA VII.

LUISA.

Hoy le espera otra mujer,
y por ella me olvidó
y yo le quiero... Si yo
le pudiese detener!...
Hermosura peregrina,
gracia punzante y traviesa,
y sonrisa que embelesa,
y mirada que fascina,
y astucia y coquetería,
y encantos para vencer...
Armas de este débil ser,
venid en ayuda mia!
Será hermosa? Á no dudar,
muy hermosa. Y yo? (Se mira al espejo.)
Sé justo,
dime, espejo... No me gusto.
Cómo marchita el llorar!
(Se aleja del espejo.)
Ah! da el cuarto en el reló

de la Universidad... Sí. (Oyendo.)
Son las nueve en punto aquí.
Este reló se atrasó.
Si le pudiera parar...
Otro reló no hay en casa..
Ah! Si la hora se le pasa,
si ella se harta de esperar,
si entre tanto el otro avanza
en el pecho de esa hermosa...
Señor! de qué poca cosa
se mantiene la esperanza!
Probemos.
(Para el reló.) Parado ya.
Faltan diez minutos. Oh!
Si ese reló se atrasó,
este qué deprisa va!
(Oprimiéndose el corazon.)
Pobre reló! Tú recorres
horas de pena y placer.
Pobre reló del querer,
cuanto más quieres más corres!

ESCENA VIII.

LUISA, MANUEL, por la izquierda.

MAN. (Podré escapar ignorado?
En conseguirlo confio.)
LUISA. Te vas, Manuel?
MAN. (Ay! Dios mio!)
LUISA. Dónde vas?
MAN. Á ningun lado.
LUISA. Á ninguna parte?
MAN. Sí.
LUISA. Y te marchas?
MAN. Ahí verás.
LUISA. Si á ninguna parte vas,
mejor es quedarte aquí.
MAN. Yo... la costumbre, hija mia...
Como me espera un amigo...
LUISA. Siéntate un rato conmigo.
No te he visto en todo el dia...

MAN. Con los negocios ahora...
LUISA. Jesús! Cuánta actividad!
Es pronto. Mira. (Señalando al reló.)
MAN. Es verdad. (Mirando al reló.)
(Aún me queda un cuarto de hora.)
(Se sientan en el divan.)
LUISA. Hoy saliste?
MAN. Claro está.
LUISA. Y estuviste?
MAN. Por ahí.
Y tú, saliste?
LUISA. Salí.
MAN. Y estuviste?
LUISA. Por allá.
MAN. Por ahí, de otros en pos.
LUISA. Por allá con la vecina.
MAN. Sí? (Pues cualquiera adivina
dónde estuvimos los dos.)
LUISA. Por cierto que me reí.
He visto en la calle á Fé.
MAN. Ah! la novia que dejé
apenas te conocí.
LUISA. Te acuerdas?
MAN. Perfectamente.
LUISA. Cómo me ha mirado ella!
MAN. Y era la pobre muy bella,
mejorando lo presente;
pero la educó su madre
y su padre, aquel don Pancho.
LUISA. Tenía la infame un gancho...
MAN. No, para gancho su padre.
LUISA. Y su madre?
MAN. Doña Rita.
Se fumaba un coracero
y nos sacaba el dinero
con las cartas la maldita!...
LUISA. Y su tio?
MAN. Vaya un tio!
LUISA. Pues y su abuela?
MAN. Qué abuela!
LUISA. Y su tia?
MAN. Estaba lela!

LUISA. Pues y su abuelo?
MAN. Ay! Dios mio!
LUISA. Y el loro?
MAN. De Puerto Rico
se lo trajo Luis Meñana.
LUISA. Y aquel mono?
MAN. De la Habana
le trajo otro novio el mico.
LUISA. Y aquel perro?
MAN. De la China
se lo trajo Luis Lahora.
LUISA. Aquella buena señora
era muy ultramarina.
MAN. Y qué genio! Si la oyeras!
Pero apenas te miré
en el momento dejé
aquella casa de fieras;
y á tu lado noche y dia,
de tu amor á los reclamos,
¡qué hermosas noches pasamos!
LUISA. Te acuerdas?
MAN. Sí, vida mia.
Tiempos que han dado sus frutos
porque eran tiempos muy buenos.
(Y está bonita!) (Animándose.)
LUISA. (Lo ménos
llevo ya cinco minutos!)
Jesús! Más de una peluca
nos echaba mi mamita.
¿Te acuerdas de mi casita?
MAN. Era una casa muy cuca.
LUISA. Allí, ya enferma y anciana,
cuando la tarde caia,
mi pobre abuela leia
apoyada en la ventana:
al piano indolentemente
tocaba yo... no sé qué,
y tú á mi lado, de pie,
me mirabas sonriente.
Al compás de la armonía
que de mis dedos brotaba,
tu pecho se levantaba

y mi corazon latía.
Se me apagaban los bríos,
se me caian los brazos,
y tú abrías tus ojazos
y yo cerraba los mios;
y aparentando volver
las hojas traidoramente,
á mí acercabas tu frente
con inefable placer.
Y en uno de esos instantes
que no olvidan las mujeres,
me preguntaste: ¿me quieres?
con los labios palpitantes.
Te miré, miré indecisa,
falta de voz me sentí,
y en mi piano toqué un sí
muy de prisa, muy de prisa!
Tú me entendiste: yo aun hoy
no he olvidado su sonido.
Ay! era un sí sostenido
y aún sosteniéndole estoy.
Sostener! Oh admiracion!
cinco años un sí... ¡ay de mí!
Lleva tanta fuerza un sí
cuando le da el corazon!

MAN. Se unieron más nuestras sillas.
Me acerqué á tí balbuciente,
y tus rizos en mi frente
me hacian unas cosquillas!...

LUISA. Húmedos mis ojos ví
y una lágrima... villano!
vino á caer en mi mano.

MAN. Cierto, y yo me la bebí!
Como el tiempo pasa en breve...

LUISA. No tan despacio el impío!

MAN. El tiempo digo? Dios mio!
Será tarde?
(Asustado se incorpora repentinamente, mira el reló y vuelve á quedarse tranquilo.)
Ah! no; las nueve.

LUISA. Quieres que me siente al piano?

MAN. Corriente, me entretendrás.

LUISA. (Ya irán diez minutos más.)
Un ratito, aún es temprano.
(Se sienta al piano: Manuel al lado de pie.)
Toco el ária de Lucía?
MAN. Es muy triste.
LUISA. Pues no toco.
La Sonámbula?
MAN. Tampoco.
Es muy dulce.
LUISA. Ave María!
MAN. Toca zarzuela.
LUISA. Qué horror!
MAN. El «Me gustan todas!»
LUISA. Qué!
Eso nunca; siéntate.
Lo tocarás tú mejor.
MAN. Si la música italiana
y los cantantes...
LUISA. Hay tal?
Tamberlik...
MAN. No tiene igual.
LUISA. Y Gayarre?
MAN. Quién le gana?
LUISA. Y la Patti?
MAN. Un ruiseñor.
LUISA. Pues ya lo creo. Y Betini?
MAN. Bonita voz.
LUISA. Y Fraschini?
MAN. Un admirable tenor.
LUISA. Y Belar? Le habrá cuál ese?
No te gustaba?
MAN. Pues no.
Mucho, como que murió
ántes de que yo naciese.
LUISA. Vaya, con qué bromas saltas.
MAN. Las tiples me gustan, si.
LUISA. Á mí los bajos: y á tí?
MAN. Los bajos? á mí las altas.
LUISA. (Siempre hiriéndome el impío!
y yo aún... qué necia soy!)
MAN. Pues que no tocas, me voy.
(Alejándose.)

LUISA. (Ay, que se me va, Dios mio!)
(Dejando el piano y siguiéndole.)
Ah! Manuel!
MAN. Qué es ello?
LUISA. Ven,
acércate un poco, ingrato.
(Le lleva hácia la mesa)
MAN. Qué es eso?
LUISA. Un nuevo retrato.
Mira, ha salido muy bien.
(Le enseña el álbum: se sientan á la mesa.)
MAN. Es verdad.
LUISA. Es un primor.
MAN. Y sacando el piececito...
LUISA. Él se ha salido solito.
MAN. Y qué guapa!
LUISA. Adulador!
Es que te ciega el cariño.
MAN. Bah! no me canso de verle.
LUISA. (Es preciso entretenerle
con estampas como á un niño.)
MAN. Es un hermoso álbum este.
LUISA. Celebro te satisfaga.
Cuánto músico!
MAN. Qué plaga!
LUISA. Cuánto poeta!
MAN. Qué peste!
Y los actores?
LUISA. Tambien!
Todo el que en la escena brilla.
Mira aquí Blasco y Revilla
juntos.
MAN. Y siguen aun cien.
LUISA. Los poetas agrupados;
hermanos.
MAN. No hay que fiarse.
Por el modo de tratarse
parece que son cuñados.
Hay tambien del extranjero
unos cuantos?
LUISA. Sí señor,
Dumas.

MAN. Un gran escritor,
y á más un gran cocinero.
LUISA. Cocinero? Esta es divina!
MAN. Era maestro en guisar.
LUISA. (No sabía de qué hablar.
Hablaremos de cocina.)
Oh! la cocina francesa
es la que me gusta sola.
MAN. Pues la cocina española
es la que vale. Confiesa
que tengo razon.
LUISA. Yo creo
que vale más, hoy por hoy,
la francesa.
MAN. Español soy:
el puchero y el toreo.
LUISA. Pues aquellas son cocinas!
MAN. Yo soy español, repito:
los garbanzos y el Gordito.
LUISA. Y aquellas trufas divinas!
MAN. La gracia española es esa.
LUISA. Y el salmon, que está tan grato...
MAN. Y sobre todo aquel Tato...
LUISA. Con salsa á la Mayonesa.
MAN. Quién? El Tato?
LUISA. Ya lo creo.
MAN. En salsa?
LUISA. Qué tremolina!
Si yo hablaba de cocina!
MAN. Si yo hablaba de toreo!
LUISA. Ah! Qué ocurrencia! (Ya debe
ser más de la media, sí.)
MAN. Pero yo me estoy aquí...
Será tarde?
(Mira sobresaltado el reló y se vuelve á tranquilizar.)
Ah! no, las nueve.
Pero ese reló?... (Dudando.)
LUISA. Va bien.
MAN. Como esperándome están...
LUISA. Aún es temprano. (Qué afan!)
MAN. Con todo... (Levantándose.)

LUISA. Oye, escucha, ven! (Siguiéndole.)
MAN. Qué quieres?
LUISA. Escucha, espera.
Tu corbata se desata.
Voy á hacerte la corbata.
No ves? Qué gran camarera!
(Le hace y le deshace la corbata muchas veces.)
MAN. Pero, Luisa, estás nerviosá!
LUISA. Tú mi afecto no calculas.
MAN. Ay, mujer, que me estrangulas.
LUISA. No hagas caso, es poca cosa.
MAN. Vaya, adios.
LUISA. (Alejándose.) Yo te suplico
que vuelvas pronto. (Deteniéndole.)
MAN. Al contado.
(Toma el sombrero; se dirige á la puerta: Luisa le sigue.)
LUISA. Oye! Ven!
(Cogiéndole por un brazo.)
Qué mal peinado
llevas el sombrero, chico!
MAN. Si es que ese criado es
más torpe!
LUISA. Dame, impaciente.
Lo voy á hacer yo.
(Peina al revés el sombrero.)
MAN. Detente!
Que lo peinas al revés!
Vaya, ya está.
LUISA. (Cuántas luchas!)
MAN. Adios.
LUISA. Espera. (Con ansiedad.)
MAN. Ya espero.
Vamos, qué quieres?
LUISA. (Deteniéndole.) Qué quiero!
MAN. Calla, un momento... (Oyendo.)
LUISA. Qué escuchas?
MAN. Voy á saber esta vez...
La Universidad qué dió?
LUISA. (Maldito sea el reló.)
MAN. Son las diez! (Sorprendido.)
LUISA. Sí, son las diez.

MAN. Lo sabías?
LUISA. (Ay de mí!)
MAN. Qué rostro tan agitado!
Aquel reló?
LUISA. Está parado!
MAN. Más ¿quién lo ha parado, dí?
LUISA. Quién ha de pararle? yo.
MAN. Y por qué? Yo desvarío!
LUISA. Porque á las diez eres mio
y á las nueve y media no!
MAN. Calla, calla: por qué lloras?
(Ver llorar á una mujer
yo no puedo!) Yo he de ser
tuyo y á todas las horas.
LUISA. Lo dices de veras?
MAN. Sí.
LUISA. No te vas?
MAN. Lo que es por hoy
amante á tu lado estoy.
(Deja el sombrero.)
LUISA. Manuel del alma! (Vencí!)
MAN. Luisa!
LUISA. Manuel de mi alma!
(Abrazándole con pasion.)
(Y luégo dice mamá
que por la fuerza. Ya, ya!
Con calma, con mucha calma.)
(Volviendo á abrazarle.)
Manuel de mi corazon!
(Y luégo mamá decía
que el medio es la tiranía.
Á ver, quién tiene razon?
Con paciencia le consigo.) (Abrazándole.)
Ay! paciencia de mi vida!
Digo, no, madre querida!
Digo, no sé lo que digo!
Bendita la Providencia.
Corro á decírselo ahora.
(No lo ha visto usted, señora?
Con paciencia, con paciencia!)
(Sale corriendo por la derecha.)

ESCENA IX.

MANUEL.

De los amigos en pos
el mejor se precipita.
Una mujer tan bonita!...
No tengo perdon de Dios.
Es buena y amable y bella.
Qué más puedo apetecer?
Si no fuera mi mujer
me moriría por ella.
Ya no salgo y es razon.
Ahora sería cruel.
No salgo. Cuando Manuel
toma una resolucion!... (Se sienta.)
Tengo un carácter que ya!...
Hoy no me muevo de aquí.
Nada; que venga por mí,
que venga y él lo verá!

ESCENA X.

MANUEL y ANDRÉS, por el fondo.

AND. (Entra muy de prisa.)
Eh, Manuel, Manuel!
MAN. (Ya viene!)
AND. Pero, hombre, ¿en qué estás pensando?
Pero, hombre, ¡que está esperando!
Pues bonito genio tiene!
Qué mesa! Soberbia es.
Ostras y langosta allí
y allí el *sauterne* y el *chabli*
con el *champagne* y el *chartreuse*;
y los néctares divinos
del *jerez* miras absorto,
y el *chipre*, el *madera*, el *porto*,
nada, en fin, la mar de vinos!
Vamos!
MAN. Hoy no puedo yo.
AND. Pero, hombre...

MAN. No puede ser.
AND. Ah! Ya caigo: tu mujer
te lo habrá mandado.
MAN. No.
Mandarme? Fuera bastante.
Con esta firmeza mia!
AND. Ya! Con su coquetería
te habrá puesto como un guante.
Se sonrió, te miró,
te comtempló tristemente.
Como eres tan inocente,
tan infeliz!
MAN. No, hombre, no!
Mas yo se lo prometí.
AND. Hombre, parece mentira
que una mujer... si da ira!
llegue á dominarte así.
Como ha de ser! quédate.
Iré yo solo, mejor.
MAN. Oye... escucha... haz el favor.
(Deteniéndole.)
Qué de prisa! Espérate!
Esto, si bien se examina,
aunque yo lo prometí...
AND. Está más bonita!
MAN. Sí?
De veras?
AND. Está divina!
Su negro cabello ondea
y, libre de todo yugo,
del blanco cuello verdugo,
el ébano juguetea.
Su distinguida figura
dibuja cendal de nieve
y majestuosa se mueve
como viviente escultura,
centellea como fragua
aquel mirar encendido.
MAN. No prosigas, maldecido!
La boca se me hace agua!
AND. Vamos, ¿te vienes?
MAN. (Qué lucha!)

AND. (Ya le tengo conquístado!)
MAN. No, no puedo, lo he jurado.
AND. Entónces me marcho.
MAN. (Deteniéndole.) Escucha.
AND. Y está bien acompañada.
Con Pepa.
MAN. (Entusiasmado.) Con Pepa! (Oh!)
AND. Mas si tú has jurado...
MAN. No.
De Pepa no juré nada.
Vamos. (Tomando el sombrero.)
AND. (Con celeridad,
que no llegue esa alma en pena.)
Por poco si te encadena.
MAN. Que viva la libertad!
El ángel malo venció!
AND. Yo ángel malo? Qué simpleza!
Sobre todo la firmeza
de carácter.
MAN. Como yo.

ESCENA XI.

DICHOS, LUISA, por la derecha.

LUISA. Manuel!
MAN. (Ay Dios!)
LUISA. Dónde vas?
MAN. Vuelvo; es cosa de un momento.
AND. Un asunto... Un documento...
Vamos, y lo firmarás.
LUISA. No acabas de prometerme?
No me dijiste?...
MAN. Sí, Luisa.
Es una cosa precisa
y no puedo detenerme.
Que te lo explique mí amigo
y tú lo comprenderás.
LUISA. Pero, Manuel, dónde vas?
AND. No se apure: va conmigo.
MAN. Él fué quien me suplicó.
AND. (Son las diez y veintitres.) (Bajo á Manuel.)

Hasta luégo.

MAN. Hasta despues.

LUISA. Manuel!... Manuel!... Se marchó!
(Corriendo al fondo.)

ESCENA XII.

LUISA, CÁRMEN.

LUISA. Todo cuanto conseguí
á tierra vino, mamá!
Por ese infame!

CARMEN. (Por la izquierda.) Aquí está
tu mamá. Qué pasa aquí?

LUISA. Siempre en esta lucha eterna!
Se marchó! (Abrazándola.)

CARMEN. Pobre hija mia.
Lo ves? No se marcharía
á haberle roto una pierna!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: es de noche: candelabro encendido sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, CÁRMEN.

CARMEN. No lo ves, pobre hija mia?
Si yo los he conocido.
Si yo tuve un ejemplar
en tu padre preciosísimo,
y en él estudié diez años
horrores que no te digo.
Pasan y pasan los dias
y no cambia tu marido,
y la espada de Bernardo
son tus risas y tus mimos.
Viene tarde, se va pronto,
entra en casa distraido,
ni me mira, ni te mira,
ni te quiere, ni te quiso,
y así vais á proseguir
por los siglos de los siglos,
tú queriendo y él faltando,
tú una santa y él un pillo.
Oye á la experiencia, niña,

escucha el consejo mio;
para gobernar el mundo
conservadores principios;
para arreglar una casa
un palo como un castillo.
Cuando un rio se desborda
se le pone un dique al rio,
porque el rio corre más
si le abren fácil camino.
Contra la fuerza la fuerza;
contra un palo cuatro tiros;
á la amistad, amistad;
para el cariño, cariño.
Dar dulzura á la violencia
y dar amor al desvío,
y constancia á la inconstancia
y amistad á un mal amigo,
ni es bueno, ni es conveniente,
ni es decoroso, ni es digno.
Perdona, niña, el sermon
que yo por tu bien predico,
porque temo mucho al lobo,
pobre corderillo mio!

LUISA. Mamá...

CARMEN. Yo siento apurarte,
pero me irrito y me indigno
al pensar que esa villana...

LUISA. Y es hermosa!

CARMEN. Tú la has visto?

LUISA. Anoche. Fuí al teatro
con Manuel: desde el principio
de la funcion le ví inquieto,
desosegado, intranquilo.
No se cuidó de la escena,
y olvidado de sí mismo
y con anhelantes ojos
y con el cuello torcido,
miraba á un palco. Se abrió
la puerta al fin de improviso,
y en él entró una mujer
y despues otra. Dos tipos
de hermosura. Una mirada

cambiaron, luégo un suspiro
y despues una sonrisa.
Le hablé, no prestaba oido,
y volviéndome la espalda
la miraba con ahinco.
Ella le hacía mil señas,
agitaba el abanico,
y el público los miraba
y avergonzado y corrido
el rostro se me encendía.

CARMEN. Y el de ella no?

LUISA. Á punto fijo
no lo sé, porque llevaba
tanta pintura el maldito,
que si el amor lo encendió,
el placer ó el regocijo,
me lo ocultó la escayola,
fingiendo un rostro tranquilo.
Qué noche! Toda la noche
de espaldas á mí el impío,
sin ver la escena, ni oirme,
mirándola embebecido.

CARMEN. Si tú le hubieras clavado
un alfiler!...

LUISA. Ay! Dios mio!

CARMEN. Eso hubiera dicho él,
mas se hubiera corregido.

LUISA. Ya la he visto y no la temo.
No lo dudes; será mio:
lo será por la dulzura,
pues nunca atrae el castigo.
No es una razon un palo,
ni es un argumento un tiro,
y el golpear quita el polvo,
pero no engendra cariño.
Contra soberbia humildad,
halago para el esquivo,
y caridad contra envidia
nos enseña el catecismo.
Cuando un rio se desborda,
si pones diques al rio,
con el dique, hecho pedazos,

irá á caer al abismo:
hazle un cáuce y un cana?
le verás correr tranquilo.
Yo tambien al lobo temo;
el lobo es ella, y yo ansío
salvarle á él, arrancarle
del borde del precipicio,
que si yo soy tu cordero
él es el cordero mio.

CARMEN. Hija mia, haz lo que quieras;
á tus razones me rindo.

LUISA. Es ese amigo...

CARMEN. Es verdad.
Ay! Pobre de él si le pillo!

LUISA. Sólo te pido una cosa:
que le trates con cariño.

CARMEN. No podré.

LUISA. Muéstrate amable.

CARMEN. No podré.

LUISA. Los rostros frios
y las palabras que hieren
alejan.

CARMEN. Ay, qué martirio!
En fin, lo haré; seré dulce
y le trataré con mimo;
mas lo hago por tí.

LUISA. Sé amable!

CARMEN. No voy á poder, Dios mio!

ESCENA II.

DICHOS, MANUEL, por el fondo.

MAN. Buenas noches.

LUISA. Buenas noches.
¿Cómo tan pronto?

MAN. Es preciso.
Como esta noche os marchais
y deseo despediros...
Vais á las nueve?

LUISA. Á las nueve.

Está malo el pobre tio
en Aranjuez, y está solo;
y como tú no has podido...

MAN. Tengo negocios urgentes.

CARMEN. Sí? Pues mañana venimos,
y vamos, no sé por qué.
(Con mucha aspereza.)
Usted debía haber ido:
de usted es la obligacion.
Vaya! Por esos caminos
dejar dos mujeres solas!...
Usted es todo egoismo.
Claro! En haciendo su gusto
lo demas le importa un pito!

LUISA. (Pero mamá!...) (Bajo.)

CARMEN. (Se me había
olvidado! Si es indigno!)
En fin... bueno! iremos solas.
(Con mucha dulzura.)
Tú no puedes... Manolito,
cómo ha de ser! yo lo siento,
porque, vamos, yerno mio,
tu compañía me encanta.
Eres tan dulce y tan fino!

MAN. Muchas gracias.

CARMEN. Y qué tal?
Desde anoche no te he visto.
Has dormido?

MAN. Hasta la una.

CARMEN. Claro! Viniste á las cinco! (Muy brusca.)

LUISA. Mamá!

CARMEN. (Con dulzura muy forzada.)
Sí, muy buena hora.
Es la hora en que los maridos
honrados vuelven á casa.
Manuel, esposo tiernísimo,
yerno mio de mi alma!
(Ay! Si no puedo, Dios mio!)

LUISA. Adios, mamá. Voy á hacer
todos los preparativos.

MAN. Sí, sí, que han dado las ocho.

CARMEN. (Qué prisa tiene este tio

porque nos vayamos pronto.)

LUISA. Vienes, Manuel?

MAN. Ya te sigo.
Adios, señora.

CARMEN. Adios, hombre.

MAN. Abríguese.

CARMEN. Ya me abrigo.

MAN. Están las noches muy frias...

CARMEN. Luisa es la que siente el frio
más que yo.

MAN. Ya pasará.

CARMEN. Eso es lo que al cielo pido.
Cómo vivir sin calor?

MAN. Mamita, adios.

CARMEN. Adios, hijo.
(Jesús! Cualquiera diría
que le adoro!)

LUISA. Buen principio!

(Bajo á Cármen, y sale con su marido por la derecha.)

ESCENA III.

CÁRMEN.

Porque esta noche nos vamos,
le miro tan satisfecho.
Triste cruz del matrimonio,
si para dos ya es gran peso,
si uno no quiere llevarla
y se la echa al compañero,
qué difícil es subir
la cuesta sin cirineo!
Ese amiguito dichoso...
Ay! Si en mis garras le pesco!

ESCENA IV.

CÁRMEN y ANDRÉS, por el fondo muy de prisa.

AND. Buenas noches... (Ay Dios mio!)

CARMEN. Felices! Cuanto celebro...

AND. Yo celebro esta ocasion
de que no gozo hace tiempo.
(Esto es peor que encontrarse
con un toro.)
CARMEN. Tome asiento.
¿Y cómo le va?
AND. (Sentándose.) Tal cual.
CARMEN. Y en su familia?
AND. Muy buenos.
CARMEN. Es que usted tiene familia?
AND. Vaya!
CARMEN. Cuánto lo celebro!
AND. Y Manuel?
CARMEN. Pronto saldrá
AND. Está en casa?
CARMEN. (Muy fina.) Está por dentro.
Usted es un buen amigo
de Manuel.
AND. De ello me precio.
CARMEN. Y nos alegramos todos
de que tenga un consejero
tan prudente, tan sensato,
tan juicioso, tan discreto,
tan decente, tan honrado
y tan digno. (Lo que es esto
ni Meternik!)
AND. Oh! señora,
usted... me confunde!
CARMEN. (Eso es
lo que desearía yo,
confundirte.) Es tan expuesto
un mal amigo! Un amigo
en la vida es lo primero,
pero es preciso elegirle
con calma, con mucho tiento,
porque á veces son la ruina
de nuestras familias ellos,
porque los hay tan perdidos,
tan calaveras, tan truenos,
tan faltos de dignidad
y de todo sentimiento
honrado como usted... sabe

y yo sé.

AND. Cierto, muy cierto.

CARMEN. Oh! Lo malo abunda mucho.
Una ve tantos ejemplos!...
Como hablan y se insinúan
y mienten! Son tan arteros
y por todas partes bullen;
y á veces, es mucho cuento,
se los halla una delante
sin pensarlo y sin quererlo.

AND. Sí, señora, mucho, mucho.
(Hermoso me está poniendo.)

CARMEN. Y ellos no se apuran.

AND. Quiá!

CARMEN. Sí, ya lo sé, ni por pienso.
Y se les dice estas cosas
y ellos tan frescos.

AND. Tan frescos!

CARMEN. (Qué poca vergüenza tiene
este hombre, Dios de los cielos!)

AND. Pero, en fin, usté está libre
de tan tristes contratiempos.
Esta casa es un eden,
porque Luisa es un modelo
de esposas, bella y amable...
y le quiere...

CARMEN. Con extremo.

AND. Y usté un modelo de madres
con los dos.

CARMEN. Procuro serlo.

AND. Y él un modelo de esposos
complacientes.

CARMEN. No lo niego.
Y usté un modelo de amigos!

AND. Oh!

CARMEN. Todos somos modelos.
Usted tenía que hablarle...

AND. Un asunto...

CARMEN. Ya comprendo.
Voy á llamarle.

AND. Mil gracias.

CARMEN. (Estaremos en acecho.)

Adios, Andrés. (Con finura exagerada.)
AND. Adios, Cármen.
CARMEN. Hasta despues.
AND. Hasta luégo.
CARMEN. Tanto gusto...
AND. El gusto es mio.
CARMEN. Que le hemos de ver espero
á menudo en esta casa.
AND. Yo tengo un placer en ello.
CARMEN. Recuerdos á su familia.
AND. Á sus piés.
CARMEN. Su mano beso.
(Señor! Si esto no es ser dulce
que baje el Señor á verlo.) (Váse.)

ESCENA V.

ANDRÉS, MANUEL.

AND. Se marcha y yo con orejas!
No me he visto nunca en otra!
MAN. (Entrando por la derecha.)
Hola, señor don Andrés!
AND. Mi señor don Manuel, hola!
Ay, chico! he pasado un miedo!...
MAN. Y la causa?
AND. Pues es floja
la ocurrencia! Me encontré
aquí con tu suegra á solas.
MAN. Caracoles! Y qué tal?
AND. No estuvo mal la señora.
Me habló con mucha finura,
se me mostró muy melosa,
y aunque me llamó canalla
me ha llenado de lisonjas.
Yo creo que la he flechado.
MAN. De veras?
AND. Y es buena moza.
MAN. Hombre, cásate con ella
y te la llevas.
AND. Zambomba!
Como suegro no podría

tolerarte ciertas cosas.

MAN. Vienes de allí?

AND. Ví á las dos.
Vengo en comision ahora.
Un capricho...

MAN. De Lucía?

AND. No podía ser de otra.

MAN. No la ví más desenvuelta,
más voluble y caprichosa.
La casa llena de ramos,
sus bellas flores les roba
y hace jardin del cabello
y al minuto las arroja.
Se sienta al piano, suspira,
llena el espacio de notas
y al breve rato la música
con un bostezo abandona.
Su gabinete recorre,
á su mirador se asoma,
y su mirador la hastía
y el gabinete la enoja.
Arruina ricos amantes
por llevar bizarras joyas,
y al otro dia las vende
para hacer una limosna.
Y contraste incomprensible,
y contradiccion pasmosa,
y enigma que nadie acierta,
en un breve cuarto de hora
sube y baja, y entra y sale,
canta y baila, rie y llora,
grita y riñe, jura y reza.
Deliciosa! deliciosa!
Tú conoces mi carácter,
esta firmeza notoria,
esta voluntad de hierro,
de hierro que nadie dobla,
pues en sus manos soy cera,
que á sus deseos se amolda.
Yo todo lo hago en la casa,
manda cuánto se la antoja,
y si quiere, cualquier dia

hará que vaya á la compra.
Ya me canta, ya me grita,
ya me mima, ya me enoja,
ya me pega, ya me abraza...
Deliciosa! deliciosa!

AND. Pues el último capricho
no es flojo.

MAN. Cómo?

AND. Aún ignoras?
Chico, soy el mensajero
de sus intrigas diabólicas.
Sabe que Luisa se marcha,
que queda la casa sola
y quiere cenar aquí
con los dos.

MAN. Misericordia!

AND. Vendrá con Pepa.

MAN. Jamás!

AND. Quiere que tú lo dispongas
aquí todo y que por carta
la contestes.

MAN. Y esa loca
se ha figurado que yo
soy capaz... Basta de bromas!
Esta casa es un santuario!

AND. Hombre, por nada te ahogas.
Se van ellas; se va Juana...
Sólos los dos, ¿qué te importa?
Entrarán por el jardin.
Ya de noche ¿quién lo nota?
Vas á pasar una noche
deliciosa! deliciosa!

MAN. No puedo. Cuando lo digo
una vez, ya basta.

AND. Y sobra.
Entónces será en mi casa.

MAN. Bien pensado! Así se logra
el objeto! Iré volando!

AND. No, por órden de esa hermosa
tú no entras allí.

MAN. Pero hombre!...

AND. Vaya, adios.

MAN. Escucha, toma.
AND. Qué voy á tomar? La carta?
MAN. Si no hay más remedio. Odiosa
es mi conducta.
(Sentado.) La escribo,
mas protesto.—(Escribe.) «Ya está pronta
la cena: podeis venir;
nadie en casa: quien te adora
esperando de rodillas.»
Yo protesto!
AND. Á buena hora!
MAN. Esta casa es un santuario,
Andrés, ¿comprendes mi cólera?
AND. Hombre, tambien en el templo
penetran las pecadoras.
MAN. Se la daremos á Pepe,
que es fiel á prueba de bomba. (Llama.)

ESCENA VI.

DICHOS, PEPE, luégo LUISA, despues CÁRMEN.

PEPE. Llamaba usted, señorito?
(Entrando por el fondo.)
MAN. Acércate, que esto importa.
CARMEN. Llamas, Manolito? (Entrando por la derecha.)
MAN. No.
LUISA. Qué querías, Manuel?
(Entrando por la derecha.)
AND. (Otra!)
MAN. Una carta á mi banquero.
Pepe!
PEPE. Qué manda usted?
MAN. Toma
y la llevas en seguida.
PEPE. Volando; soy una pólvora.
MAN. (Entiendes el sobre?) (Bajo á Pepe.)
PEPE. Sí.
(Pues señor, ruede la bola.)
(Bajo y dándola la carta.)
Doña Cármen, esta carta
que es importante.

CARMEN. Pues corra,
(Bajo y dándola la carta.)
(Luisa, lee ese mensaje
para su banquero.)
LUISA. Hola!
Ay, Dios mio! (Leyendo el sobre.)
CARMEN. (Qué te pasa? (Bajo.)
Abre y lee, no seas tonta.)
MAN. Anda, Pepe, que es preciso
que llegue en un cuarto de hora.
PEPE. Cuente con que ya ha llegado.
(Dios mio qué trapisondas!) (Sale.)
LUISA. (Ay, qué pillo!) (Leyendo.)
MAN. (Á Luisa.) Me llamabas?
LUISA. No.
CARMEN. (Disimula.)
LUISA. (Me asombra
tal audacia!)
CARMEN. (Qué será?)
LUISA. (Déjame con él á solas.) (Á Cármen, bajo.)
AND. (Á Manuel, bajo.)
(Yo hago que me voy y vuelvo,
que el disimulo no estorba.)
MAN. (Entretente en mi despacho,
y cuando salgan...) (Bajo.)
AND. Señoras,
soy de ustedes.
CARMEN. Caballero...
(Caballero! Ay, Dios! qué cosas
dice una por ser cumplida!)
MAN. (Dile á Pepe que disponga
la cena; una cena espléndida.
(Bajo á Andrés.)
AND. No te apures, Babilonia
se queda atrás en festines.)
(Sale por la izquierda.)
CARMEN. (Bajo á Luisa.) (Si tú no fueras tan sosa
con esa carta en la mano
ahora, Dios del cielo, ahora!
LUISA. Cállate. Ya tengo un plan.
CARMEN. Bien.) (Qué lástima de horca!)
(Sale por la derecha.)

ESCENA VII.

LUISA, MANUEL.

MAN. No se os pase la hora.
LUISA. No.
En siendo la hora precisa
nos marchamos. ¿Tienes prisa
de que nos vayamos?
MAN. Yo?...
Yo prisa, mi dulce bien?
No lo vuelvas á decir!
Lo que siento es no partir
con vosotras.
LUISA. Yo tambien.
Qué cabeza! No recuerdo...
MAN. Qué es ello?
LUISA. Vuelta á pensar.
Te quería preguntar
una cosa y no me acuerdo.
MAN. Pues cómo se te olvidó?
Era importante? Haz memoria.
LUISA. No digas como en la historia:
haz entendimiento.
MAN. Ah! no.
Pero ya tu intencion veo.
Algo quieres insinuar,
y lo empiezas á indicar
con arte dando un rodeo.
Te pintas sola, taimada,
para estos ardides.
LUISA. No,
chico, no me pinto yo
ni sola ni acompañada.
Otras muchas con locura
se pintan. (Con intencion.)
MAN. Sí, ya lo sé.
LUISA. Se pintan muchas.
MAN. (Por qué
me metí á hablar de pintura?)
LUISA. Cómo van al teatro!

MAN. Sí.
LUISA. Anteanoche casualmente
de nosotros frente á frente
hubo una:
MAN. Pues no la ví.
LUISA. Hay quien se charola el cuello
y mancha sus labios rojos,
y da barniz á los ojos,
y á las manos y al cabello.
Piensa más de una belleza
y piensa con poco juicio,
suplir con el artificio
faltas de naturaleza;
mas si son bellas repara
cuál se engañan las hermosas;
pues no hay en el mundo rosas
cuál las rosas de la cara.
Con la mascarilla impía
de la maldita pintura
pierde el rostro la frescura,
movimiento y alegría,
las luces de la mañana,
del alma la animacion,
y en vez de mujeres, son
figuras de porcelana.
Pierde hasta el amor su encanto,
pues entre ellas y el amor
levanta el pincel traidor
muralla de cal y canto,
y el beso dado sin calma
en la pintura se pega,
y como al rostro no llega
no puede pasar al alma!
MAN. Bellas pinturas á fe
haces sin saber pintar.
Mas no me ibas á contar?...
LUISA. Es verdad; ya me acordé.
Esta noche da tu amigo,
el marqués de Castelló,
una fiesta, te invitó
y prometiste ir conmigo.
Como no podemos ir

nos debemos excusar
en carta.

MAN. Es lo regular;
mas no me hagas escribir.

LUISA. Hombre!...

MAN. Mañana lo haré.

LUISA. De seguro se te olvida.
Qué perezoso!

MAN. Descuida.

LUISA. Dicta tú; yo escribiré. (Se sienta á la mesa.)

MAN. Eso sí.

LUISA. (Cómo se fia!)

MAN. Estás pronta?

LUISA. Ya lo ves.

MAN. Pues... «Mi querido marqués...» (Dictando.)

LUISA. Pues... («Mi querida Lucía.») (Escribiendo.)

MAN. «Por su amable invitacion
honrados los dos nos vemos,
pero asistir no podemos
á su espléndido salon.»

LUISA. («Fuiste á mi casa invitada;
más no pienses ya en venir,
pues resuelvo desistir
de la cena proyectada.»)

MAN. «Es nuestro dolor sincero
y grande nuestra afliccion,
pues su elegante salon
contendrá Madrid entero.»

LUISA. («Mi resolucion es grave
y firme, aunque dolorosa,
que en la casa de mi esposa
tan sólo mi esposa cabe.»)

MAN. «Me retiene una precisa
ocupacion de interés.
Hasta otra noche, marqués,
y expresiones de mi Luisa.»

LUISA. («De más noble fin en pos
y por Luisa perdonado,
hoy principio á ser honrado.
Lucía, por siempre, adios.»)

MAN. Ya he concluido.

LUISA. Etcétra... etcétra!...

MAN. Ya se cumplió tu capricho.
Pusiste cuánto te he dicho?
LUISA. Sí, chico, letra por letra.
MAN. Qué secretaria tan bella!
LUISA. Pondremos la fecha aquí.
MAN. Conque ya concluimos?
LUISA. Sí.
Ya hemos concluido con ella.
(Vuelve la hoja.)
Ocupa una cara toda.
Ven y firma al otro lado. (Manuel firma.)
MAN. Ya firmé.
LUISA. Ya la he cerrado.
Pondremos sobre de moda.
Juana!
(Llama; entra Juana, la da la carta.)
El portero... Aquilino...
ó cualquiera, este papel.
MAN. No la pierdan.
LUISA. No, Manuel.
Esta llega á su destino.
Oye, avisa á mi mamá.
Tráeme el sombrero.
JUANA. (Sale Juana.) Volando.
MAN. (Se van! Ya estaba temblando,
que las otras vendrán ya,
y si las cuatro se ven!...)
LUISA. Estás preocupado?
MAN. No!
LUISA. No nos acompañas?
MAN. Yo
quisiera, pero...
LUISA. Bien, bien.
Qué triste se hará el camino
para mí; qué largo el dia!
MAN. Luisa!... (Pobre esposa mia!
Nada, esto es un desatino.)

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁRMEN, por la derecha, vestida con traje de camino y con el sombrero de Luisa en la mano.

CARMEN. Toma tu sombrero, Luisa.
MAN. (Ay! Gracias á Dios! Estoy
temblando! Si llegan!...)
LUISA. (Se pone el sombrero al espejo.) Voy.
CARMEN. Despacio: no corre prisa.
MAN. Pues debe ser tarde ya.
Han dado las ocho.
CARMEN. No!
(Manuel por sacar su reló, enseña la llave que lleva unida á la cadena.)
Hombre! soberbio reló!
Ese no se atrasará!
MAN. Pues era mi reló eterno;
mas se paró, y ya ves, hija;
digo, madre.
CARMEN. Es hora fija,
hijo mio?... Digo! yerno!
LUISA. Vamos, ya estoy arreglada.
MAN. (Qué horror! Si el tren ha partido!)
LUISA. Adios, esposo querido!
MAN. Adios, esposa adorada!
LUISA. Estás malo, triste?
MAN. Yo?...
LUISA. Como tan sufrido eres...
MAN. No tengo nada.
CARMEN. Si quieres
nos quedaremos.
MAN. No, no!
Vamos, id, que el tiempo vuela.
CARMEN. (Ay, qué placer! Está frito!)
Hasta luégo, Manolito!
MAN. Hasta mañana, Carmela.
LUISA. Vaya, adios.
MAN. (No querrán irse!)
CARMEN. Adios.

MAN. Que el tren va á partir!
Se va Juana?
LUISA. No ha de ir?
CARMEN. Adios.
MAN. (Cuánto despedirse!)
Bueno; hasta mañana; adios.
(Salen por el fondo, puerta de la derecha. Manuel las sigue.)
Se alejan... abren la puerta...
cierran... centinela, alerta!
(Vuelve al proscenio.)
Libre por fin de las dos!

ESCENA IX.

MANUEL, ANDRÉS, PEPE.

MAN. Se fueron... No se las siente...
La victoria mia es.
Andresillo!
AND. (Entrando.) Aquí está Andrés.
MAN. Pepe! Muchacho!
PEPE. (Entrando.) Presente!
AND. Qué gran noche! qué comida!
MAN. Chico, estoy fuera de mí.
Has puesto la mesa?
PEPE. Sí.
MAN. Pues tráela pronto.
PEPE. (Sale por el fondo.) En seguida.
AND. Estoy loco, lo confieso.
Qué noche vas á pasar!
MAN. Si llegan á averiguar...
AND. Hombre, no pienses en eso.
PEPE. (Entrando con la mesa.)
Quién me ayuda?
MAN. Los dos. Bravo!
PEPE. Con cuatro cubiertos.
AND. Bien!
MAN. Tragiste botellas?
PEPE. Cien!
AND. Si empiezo á beber no acabo.
MAN. Ya la miro entrar aquí:

una visita al espejo;
despues, con dulce gracejo
se burla de tí y de mí,
y con dulces arrebatos
al piano se sentará.

AND. Y á los postres romperá
las botellas y los platos.

MAN. Cuando ella á romper empieza
hay que pedirla por Dios
paz.

AND. Y gracias que á los dos
no nos parta la cabeza.

MAN. Si á sus instintos escucha,
como la agite el deseo,
es muy capaz...

AND. Ya lo creo.

MAN. Tiene mucha gracia!

AND. Mucha!

MAN. Ligera, alegre, hermosísima
y resuelta y arrogante
por allí entrará triunfante.

CARMEN. (Entrando por el fondo, puerta de la derecha.)
Soy yo.

MAN. (María Santísima!)

ESCENA X.

DICHOS, CÁRMEN. Sale buscando por el suelo.

CARMEN. Se me ha caido el pañuelo...

PEPE. (Sin duda abierta quedó
la puerta.)

MAN. (Qué torpe!)

PEPE. (Yo!...)

MAN. (Á Andrés bajo.)
(Hombre, busca por el suelo.)

AND. (Á Manuel.) No te apures: calma ten.
(Bajo.) (Tú, Pepe, tapa esa mesa.)

MAN. Me ha dado usté una sorpresa.

AND. (Ayudando á buscar á Cármen.)
Pañuelos? Yo perdí cien,
y es difícil encontrarlos

cuando uno deja de verlos.
Muchos perdí.

CARMEN. (Tú perderlos?
Lo que harás será robarlos.)
(Dirigiéndose á la mesa.)
Tal vez esté por aquí.
Más calla! Vais á cenar?

MAN. Sí tal. Me iba á acompañar
Andrés.

CARMEN. Ya! Tú amigo?

AND. Sí.

CARMEN. Oh! lo celebro infinito.
Mas cuatro platos?

MAN. (Ay! Dios!)
No lo extrañe usted. Los dos
tenemos tanto apetito!
Él ha poco lo decía.

AND. Oh! Yo bien lo pienso hacer.

CARMEN. Pero hombre, os vais á comer
los platos?

AND. Ave María?

MAN. Y Luisa?

CARMEN. Junto al jardin,
junto á la puerta quedó.

MAN. (Ay! sostenme! Aquí acabó
la historia!)

AND. (Aquí dimos fin!)

CARMEN. Ah!

MAN. Qué sucede?

AND. (Otro lio!)

CARMEN. Qué cabeza! Le tenía
en el bolsillo.

AND. (¡Qué arpía!)

CARMEN. Vaya, adios.

MAN. (Se va, Dios mio!)

(Sale Cármen por el fondo, puerta de la derecha.)
Salimos de este belen.
Ya no tardarán las dos,
Pepe, síguela, por Dios,
y cierra la puerta bien.
(Sale Pepe por donde Cármen.)

ESCENA XI.

MANUEL, ANDRÉS.

MAN. Produce muchos disgustos
esta vida de perdidos.
AND. Si nos hallan reunidos!...
No ganamos para sustos.
MAN. Chico, si pierden el tren,
si vuelven las dos aquí,
ya juntas las cuatro, dí:
¿quién las apacigua, quién?
AND. Calla, que el pulso me alteras.
No digas tal tontería.
MAN. Digo, mi suegra y Lucía.
AND. Qué horror! qué lucha de fieras!
MAN. Cállate... para que oigamos...
AND. Ladra el perro en el jardin.
MAN. Ellas deben ser.
AND. Por fin!
MAN. Vamos á abrirlas.
AND. Corramos!

(Salen por el fondo, puerta izquierda del espectador.)

ESCENA XII.

PEPE, entrando por el fondo, puerta de la derecha.

Al jardin bajan ahora
y sólo me quedo aquí.
Cumplo lo que prometí
y complazco á la señora.
En tanto que sus locuras
aquí los trae de nuevo,
de aquí las luces me llevo
y los dejo bien á oscuras.
Corro á abrirlas sin demora
y salga lo que saliere.
Pues la señora lo quiere
obedezco á la señora.

Pienso que vuelven... Alerta!
Me ganaré un puntapié.
Por aquí ya no se ve.
Corramos á abrir la puerta!
(Sale por el fondo, puerta de la derecha llevándose todas las luces.)

ESCENA XIII.

MANUEL, LUISA.

MAN. (Entrando á tientas por el fondo, puerta de la izquierda, Luisa—foro—derecha.)
Qué es esto? Qué oscuridad!
Oigo el roce de un vestido...
Ah! ya caigo. Es que han venido
por la otra puerta. Es verdad.
Lucía! Eres tú Lucía?
Ya las luces apagaste.
Bromitas en cuánto entraste.
Es el pan de cada dia.
Ah! Ya te alcanzó el deseo. (Alcanzándola.)
Qué mano! Dios soberano!
Es más suave que la mano
de mi mujer! Ya lo creo!

LUISA. (La pagarás de verdad!)

MAN. Qué cintura! En miniatura! (Abrazándola.)
Más chica que la cintura
de mi mujer! La mitad!
Lucía... Quieres que llame?
Pepe! Luz! Mas por favor,
habla, mi vida, mi amor,
que oiga yo tu voz.

LUISA. (Infame!)
(Soltándose y saliendo por la derecha del proscenio.)

ESCENA XIV.

MANUEL, ANDRÉS, por el foro izquierda.

MAN. Esa voz... Cómo cambió

de voz esta criatura!
La rabia las desfigura
mucho la voz... Se marchó!

AND. (Entra á tientas.)
Pero, Dios mio, qué pasa,
y qué es esto, y dónde estoy
y por dónde diablos voy?
Me he perdido en esta casa.

MAN. Siento pasos hácia allí.

AND. Pasos se oyen hácia allá.
(Manuel se dirige hácia Andrés.)

MAN. De seguro, ella será.
Otra vez viene hácia mí.
Se la pasa en un minuto.
(Cogiendo con pasion la mano de Andrés.)
Qué mano! Dios soberano!
Es más suave que la mano...

AND. Pero, hombre, no seas bruto.

MAN. Quién eres?

AND. Andrés. Y tú?

MAN. Manuel.

AND. Esto no se entiende.
Tienes fósforos? Enciende,
que me doy á belcebú!

MAN. Oh! bendita llamarada!

AND. (Encendiendo un fósforo.)
Encender es lo primero.

MAN. Pero si no hay candelero!

AND. Está tu casa encantada?

MAN. Ya! ciertos los toros son!

AND. Qué toros?

MAN. Bien presumía:
una broma de Lucía...

AND. Es verdad; tienes razon.

MAN. De seguro nos escucha
y se rie desde allí.
Está bien pensado.

AND. Sí.

MAN. Tiene mucha gracia!

AND. Mucha.
(Tirando el fósforo y la caja.)
Canario! Se me encendía

el dedo!

MAN. Otra vez á oscuras!

AND. Vamos; venid, criaturas.

MAN. Lucía!

AND. Pepa!

MAN. Lucía!
Señor! Pero estos criados!...

AND. Yo voy á romperme el alma!
Lo tomaremos con calma
y esperaremos sentados. (Se sienta.)

ESCENA XV.

DICHOS, CÁRMEN por el foro—derecha.

MAN. Siento pasos hácia aquí.

AND. Oigo el roce de un vestido.

MAN. Es que se ha compadecido.
Ven... Lucía... eres tú?

CARMEN. (En voz baja.) (Sí.)

MAN. Habla alto. No puedo hallarte.

CARMEN. (Yo te daré el entusiasmo!)

MAN. Qué voz! Has cogido un pasmo?

CARMEN. (Tú sí que vas á pasmarte!)

MAN. Al fin te alcancé.
(Cogiéndola una mano.)

CARMEN. (Qué tio!
El chasco va á ser pesado!)

MAN. Esto tú lo has inventado.
Esta broma, dí, bien mio?...
De las sombras el imperio
para el que quiere es mejor,
porque requiere el amor
oscuridad y misterio.
Que hablen ya tus labios rojos
y venturoso seré,
y, aunque en tinieblas, veré
con las luces de tus ojos.
Pero deja que entre tanto
tu mano breve nevada
oprima!

CARMEN. (Qué bofetada
le voy á dar, cielo santo!)
MAN. Qué importa la oscuridad!
CARMEN. (Y le escucha su mujer!)
MAN. Verdad que me has de querer
por toda una eternidad?
Los siglos han de acabarse
y aun nos querremos los dos!
AND. Pero, hombre, una luz por Dios!
(Desesperado.)
Que esto no puede aguantarse!
MAN. Tú mia ya! Qué fortuna!
El matrimonio que cruz!
AND. Pero una luz! una luz!
Pronto una luz!
LUISA. (Entrando por la derecha proscenio con una luz.)
Aquí hay una!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y LUISA.

AND. Qué! (Asombrado.)
MAN. Luisa!... Cármen!... Qué es esto?
CARMEN. Hombre, verme no te alegra?
AND. (Ay! Qué bárbaro! Á su suegra!)
MAN. (Cómo encontrar un pretexto?)
CARMEN. Toma, hombre, mi mano breve.
(Ofreciéndosela.)
Toma, y bésala por Dios.
AND. (Nos cogieron á los dos.)
MAN. (Me quedé como la nieve.)
LUISA. Por fin nos vemos las caras.
Se ve quién habla con quién.
Aquí hay luz. Á mí tambien
me gustan las cosas claras.
El nombre de otra mujer
te escuché decir aquí,
y quiero saber de tí
quién la dama puede ser.
Conducta tan singular
á exigirlo me precisa.

Yo sé que se llama Luisa
la que llevaste al altar,
y en esta casa, que no
es un centro de placeres,
no caben otras mujeres
sino la que invito yo;
pero si invitaste ahora
á una que no sé quién es,
en tu casa, ya lo ves,
yo no soy ya la señora;
y si tal nueva aprendí
por mi desventura hoy,
si aquí señora no soy,
yo no puedo estar aquí.
Por dos puertas esta hermosa
casa á la calle nos lleva;
por una entra la manceba,
por otra se va la esposa!

MAN. No, Luisa!

LUISA. Sí, sí, fastidia
la esposa que poco cuesta.
Pobre, sencilla, modesta,
no es de las gentes envidia.
Os da más dulces instantes,
pues todo el placer se apura,
una mujerzuela impura
á quien cubrís de brillantes.
Por ella el hogar padece
y llega triste el mañana,
y por tan vil cortesana
el hombre que se enloquece
ofende, hiere y mancilla
á la mujer que le adora!

CARMEN. (Bravo! Bien! muy bien! Ahora
debes tirarle una silla.) (Bajo á Luisa.)

LUISA. No sé qué puedas decirme.
Habla. Dilo cara á cara.

AND. (Dios mio! Si yo encontrara
una manera de irme!)

MAN. Luisa, muy culpable fuí,
pero es grande mi amargura,
y á quien amo con locura

yo no puedo echar de aquí.
Tú eres buena...

CARMEN. Sí señor.

MAN. Y con razon te incomodas.

CARMEN. Sí señor.

MAN. Mejor que todas
eres tú.

CARMEN. Mucho mejor.

MAN. En vano es hacer extremos.
No me oyes... Si me atendieras..
Si tú perdonar pudieras...

CARMEN. No podemos! no podemos!

MAN. Luisa, me falta la voz
y no puedo continuar.

AND. (Aquí es preciso cantar
una palinodia atroz!)

MAN. Mándame: yo respetuoso
prometo cumplir la pena.
Eres tan dulce y tan buena
y el perdon es tan hermoso!...
Yo te prefiero, es lo cierto,
pero estaba alucinado.
Quizás me hayan arrastrado.

AND. (Canario! Ahora me echa el muerto!)

MAN. Ya nunca, esto se acabó.
Fué que perdí la cabeza.
¿Tú conoces mi firmeza
de carácter? Nunca, no!
Á tí sola ardientemente
querré desde este momento.
Sí, Luisa, yo me arrepiento.

LUISA. Ay, mamá, ya se arrepiente. (Dudando.)

CARMEN. No le creas, criatura!

LUISA. Tú te arrepientes?

MAN. Que sí.

LUISA. Y me querrás?

MAN. Solo á tí.

LUISA. No lo ves, mamá? Lo jura!
Le ha servido la leccion.

MAN. Sí, Luisa, sí, yo te quiero.

LUISA. Palabra?

MAN. De caballero.

CARMEN. (Buenos caballeros son!)
MAN. Lo juro otra vez aquí.
LUISA. Si traidor de nuevo fueras...
AND. (Á Manuel.) Mas te arrepientes de veras?
MAN. De veras, de veras, sí.
LUISA. No lo ves, madre? He vencido,
por siempre. Ya no recelo.
Con paciencia se va al cielo
y al amor de su marido.
Estoy loca de placer
al ver que gané la palma.
Brota el gozo de mi alma
é inunda todo mi ser.
Si ha habido manchas y lodos
ya no me quiero acordar.
Vamos los cuatro á cenar,
porque hay perdon para todos!
MAN. Muy bien pensado! á comer!
Vamos á brindar por tí.
AND. Gran proyecto! Y desde aquí
veremos amanecer.
Va á ser una cena eterna
y emborracharlas espero.
CARMEN. Poco á poco, caballero:
esto no es una taberna.
LUISA. Vamos, Manuel, pide más.
Tu madre, la que más quieres,
un amigo, dos mujeres!...
En el paraiso estás!...
(Á Cármen loca de alegría.)
No lo ves? Ya se arrepiente.
Con paciencia... era preciso.
AND. (Bajo á Manuel.) (Estás en el paraiso:
Adan, Eva...
MAN. Y la serpiente!)
(Señalando á Cármen. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, MANUEL, tomando el té.

LUISA. Espera, que está caliente.
MAN. No me importa: así me gusta.
Es de piedra mi garganta.
No hay miedo de que se funda.
LUISA. Quieres más azúcar?
MAN. No.
Por piedad, no más azúcar.
Por Dios, Luisa, no más dulce.
LUISA. Si la vida no se endulza
es tan ágria! Es mi sistema
y no me ha fallado nunca.
No digo bien? Es exacta
mi observacion?
MAN. Como tuya.
LUISA. Ves cuán bien estás aquí?
¿Por qué los maridos buscan
escandalosos placeres
en infames aventuras
cuando en casa les espera
el amor y la fortuna?

Yo viéndote, tú mirándome,
yo feliz, tú con ventura,
aquí nos vamos á estar
hasta las doce ó la una.

MAN. Es mucho tiempo!

LUISA. No es mucho.
Todo el tiempo se calcula
y lo reparte en honestos
entretenimientos una.
Hablas un poco conmigo,
luégo un poco de lectura,
despues hablas con mamá;
más tarde miras algunas
estampas, lees un periódico
y haces un poco de música;
hablamos despues un rato
y otra rato se murmura;
luégo *La Correspondencia*;
cuando acabas, hablas, fumas,
te paseas por el cuarto
para mudar de postura
y despues charlas conmigo
y luégo un poco de música.

MAN. Eso es tan poco variado,
Luisa mia!

LUISA. Pues se busca
un programa más ameno.
Mamá vendrá en nuestra ayuda.

MAN. Pero, en fin, hoy no es posible.
Le sigue la calentura
al tio, y es necesario
que yo vaya. Me atribula
su estado. Debísteis ir
vosotras dos y...

LUISA. Sin duda.
Pero nos salió un asunto
aquella noche de suma
gravedad y fué preciso
suspender...

MAN. Vamos! Me gusta!
Ahora vas á recordar...

LUISA. Tú eres el que lo insinúas.

Ya recordarlo no quiero.
Concluyeron tus locuras,
y desde tan dulce noche
es ejemplar tu conducta.
Aquí mucho, poco fuera,
vienes temprano, madrugas;
ni amiguitos ni cafés,
ni excesos ni travesuras.
Tu mujer y tu casita
y el trabajo y la coyunda.
La vida del hombre bueno,
vida santa, vida pura.

MAN. (Así estoy yo de aburrido!
Oh Señor de las alturas!)

LUISA. Pruebas quererme.

MAN. Eso sí.
Como no quise á ninguna.
Porque eres muy rebonita!

LUISA. Conque te gusto?

MAN. Me gustas.
(Y la quiero, sí señor,
pero el hastío me abruma!
Un poco de variedad,
¡oh Señor de las alturas!)

ESCENA II.

DICHOS, JUANA, por el fondo.

JUANA. Me llevo el té, señorita?

LUISA. Se lo lleva ya?

MAN. Sin duda.
Hola, Juanita!

JUANA. Señor!

MAN. Por qué estás meditabunda?
Estás pensando en el novio?
No tiene poca fortuna!
No estará poco contento!

JUANA. Pues pasa algunas angustias!

MAN. Sí? Pues tú te vas quedando
delgadilla y paliducha.

LUISA. (Qué ganas tiene de hablar!)

MAN. (Es una chica muy cuca!)
Chica, tienes unos ojos
que cantan el aleluya.
Qué suerte tiene el bribon!
Y pequeña la cintura,
y la carita redonda,
y la mano diminuta!

LUISA. (Pues no la está requebrando!)
Juana, qué quieres? qué buscas?
Qué haces ahí? lleva el té.

JUANA. Ya le llevo. (Qué peluca!)

LUISA. Te estás con la boca abierta
lo mismo que una palurda.
(Sale por el fondo Juana.)

ESCENA III.

LUISA, MANUEL.

MAN. Pero, mujer, no la riñas. (Se levanta.)
Nos pasearemos... No escuchas?
Tocan un piano?

LUISA. Es enfrente.

MAN. Es una polka mazurca.
Es un baile! (Se dirige al balcon.)

LUISA. Dónde vas?

MAN. No me marcho. Ya te asustas!
Voy al balcon para ver
la fiesta de las de Lucas.
(Mirando por el balcon.)
Chica! Bien está la sala.
Mira aquella larguilucha
toda de blanco y de... Pues
no tiene mala figura!
Jesús! Aquella infeliz!
Qué frente! Llena de plumas!
Pues con su penacho y todo
es bonita, sí.

LUISA. (Le gusta
á este hombre un palo con faldas.
La paciencia se me apura.)

MAN. Y aquella morena es linda,

y no es fea aquella rubia
y aquella castaña!...

LUISA. (Cierra el balcon.) Quita!

MAN. Cierras?

LUISA. Está muy oscura
la noche y entra relente
y una está casi desnuda
con estos trajes de casa.

MAN. Lo siento: pasaba una...
Nos pasearemos. (Se pasea.) Y el álbum?

LUISA. Aquí está.

MAN. (Se sienta.) Cúchares... Dumas.
El Rey de Italia, Frascuelo.
Ay, cuántas amigas!

LUISA. Muchas.

MAN. Es Jacinta? Mira, tiene
un aire...

LUISA. Mucha estatura,
nada más.

MAN. La de Castillo
está bien, y la Maruja
tiene gracia!

LUISA. Es tan bajita...

MAN. Pues no está fea la Bruna,
y este lunar de la Pepa
tiene cierta travesura,
y este ojo bizco á la Rita
le hace gracia.

LUISA. Y la peluca
de la señora de Hernandez
tiene una gracia mayúscula.

MAN. Pero mujer...

LUISA. Todas, todas
te enamoran.

MAN. Qué locura!

LUISA. Cuando te vas?

MAN. Á las ocho.

LUISA. (Mi presencia le importuna.)

MAN. (Té, conversacion, estampas,
un baile, una riña, música,
y en todo esto un cuarto de hora,
y otra hora más de tortura!

Las horas del matrimonio
señor, no se acaban nunca!)

ESCENA IV.

DICHOS, ANDRÉS.

MAN. Pasearemos. (Se pasea aburrido.)
AND. (Por el fondo.) Buenas noches.
MAN. Andrés!
LUISA. (Aquí llegó Judas.)
Deje el abrigo.
AND. Mil gracias.
(Deja el abrigo sobre una silla.)
MAN. Siéntate.
AND. Vengo en tu busca.
¿Te marchas hoy?
MAN. Volveré
mañana sin falta alguna.
Algo te ocurre?
AND. Venía
para hacerte unas preguntas.
MAN. Sobre aquel asunto?
AND. Sí.
El banquero capitula.
MAN. Pasaremos al despacho;
estos asuntos disgustan
á las damas. Hasta luégo.
AND. Siempre suyo...
MAN. Pepe! alumbra...
(Sale Pepe con una luz y se van por la izquierda del proscenio.)
LUISA. No sé por qué me da miedo
la visita inoportuna
de este hombre. De mi Manuel
es tan reciente la cura,
que como se abra la herida
ya no hay esperanza alguna.

ESCENA V.

LUISA, CÁRMEN, derecha proscenio.

CARMEN. ¿Los has visto, Luisa?
LUISA. Sí.
Volvió por desdicha Andrés.
CARMEN. Se encerraron; ya lo ves.
Qué es lo que saldrá de allí?
Es el esfuerzo supremo
de esa mujer endiablada.
Tú temes?
LUISA. No temo nada.
CARMEN. Pues yo, Luisa, mucho temo.
LUISA. Me duele que desvaries.
No le has visto arrepentido,
amante, dulce, rendido?
CARMEN. No te fies, no te fies!
El tiempo te lo dirá.
Segun refran que yo alabo,
el que nace para ochavo
nunca á cuarto llegará.
Ten, hija mia, presente
otro refran más sencillo:
el que nace para pillo
nunca es persona decente.
LUISA. Desecha esas aprensiones.
Yo venceré en la porfía.
CARMEN. Aquel abrigo, hija mia,
me causa unas tentaciones...
(Por el que dejó Andrés.)
LUISA. No adivino tu intencion.
CARMEN. Pronto la comprenderás.
¿Quién sabe si allí tendrás
pruebas de nueva traicion?
LUISA. Qué dices?
CARMEN. Oye un momento.
Cuando hay mil conspiraciones
y se agitan las facciones
soñando un triunfo violento;
cuando acosado se ve

y por fin la lucha acepta,
¿qué hace el gobierno? Intercepta
la correspondencia.

LUISA. Qué?

CARMEN. La ocasion por los cabellos,
pues la ocasion ha llegado.
Tú eres jefe del Estado
contra quien conspiran ellos.
Yo soy la que alerta vivo
por librarte de traidores.
Ellos los conspiradores,
yo el poder ejecutivo.
El abrigo allí se ve,
y yo que la lucha acepto
¿qué voy á hacer? Intercepto
la correspondencia.

LUISA. Qué?

CARMEN. Lo que has oido, hija mia,
lo que vas á ver ahora.

LUISA. Señora, por Dios, señora!
(Cármen va al abrigo, registra los bolsillos y saca una carta.)

CARMEN. Una carta! Bien decía!

LUISA. Qué atropello? Déjala.

CARMEN. Otro enredo de los dos.

LUISA. Mamá, no la abras, por Dios!

CARMEN. Hija, no, no la abro ya. (Despues de abrirla.)

LUISA. Si llegasen á venir...

CARMEN. Firma Pepa, y dice Andrés.

LUISA. Es para el otro; lo ves?

CARMEN. No obstante, la vas á oir:
Así dice: «Andrés querido:
»Puedes decir á Manuel
»que conseguí para él
»el perdon apetecido.
»Con tal afan lo pedía
»que no fué su queja vana.
»Dile que venga mañana
»y que le espera Lucía.»

LUISA. Cómo! (Con dolor.)

CARMEN. Lo ves, pobre loca?

LUISA. Otra vez!

CARMEN. Lo ves, mujer?
Ahora dí qué vas á hacer!...
LUISA. Yo sé lo que hacer me toca.
Veo que nada se alcanza
obrando cual obré yo.
Madre, ya se me acabó
la paciencia y la esperanza.
Tuya ha sido la razon.
Él un crímen, yo paciencia,
él falta, yo penitencia,
él delito, yo perdon,
él hastío, yo dulzura,
él mentira, yo verdad...
Esto es una indignidad,
un crímen y una locura.
Penas, angustias, quebrantos
por traiciones devolver,
sólo lo pueden hacer
ó los tontos ó los santos,
y aunque á todo estuve pronta
hoy mi fuerza se quebranta,
que yo no puedo ser santa
que yo no quiero ser tonta.
Cese esta lucha increible
y que se entienda con ella,
que me cansa esta querella,
y es una vida imposible
vivir con ese malvado
siempre en horrible contienda,
tirándole de la rienda
como á un potro desbocado.
Desde hoy sin freno y sin Dios
y con la espuela del vicio
que corran á un precipicio
y que se estrellen los dos!
CARMEN. Gracias á la Providencia
al fin tus ojos se abrieron!
Ay! Si á mí no me sirvieron
veintiun años de paciencia.
Cómo ese sexo se afana
y goza haciendo sufrir!
Cómo le gusta venir

á las tres de la mañana
y ver la esposa inocente
inclinada hácia el quinqué
haciendo un lindo crochè
y esperando al delincuente?
Cuán insensibles nos hieren
con brutales atropellos!
Hija mia, que hagan ellos
croché y calceta si quieren!
Tu paciencia se acabó,
tu dulzura encantadora.
Los grandes medios ahora.
Hija mia, aquí entro yo.

LUISA. Reniego de mi consorcio.
Su delito está probado.
Voy á llamar á un letrado
para que entable el divorcio.

CARMEN. Espera! Triste de mí!
Aún quedo en el mundo yo.
Meternich en tí acabó.
Napoleon entra aquí.
Aún queda alguna esperanza
si me quieres ayudar.
Descuida: no has de quedar
sin castigo y sin venganza.
Lo primero es lo primero.
Echar á Andrés.

LUISA. Sí, por Dios.

CARMEN. De cuanto pasa á las dos
es causa ese caballero.
Yo juro echarle de aquí;
juro vengarte y vengarme:
mas, ¿prometes ayudarme
con todas tus fuerzas?

LUISA. Sí,

CARMEN. Siéntate aquí, pobrecita.

LUISA. Ya estoy sentada. Y despues?

CARMEN. Escribe una carta á Andrés.

LUISA. Cómo?

CARMEN. Dándole una cita.

LUISA. Oh, mamá, nunca; eso no! (Se levanta.)

CARMEN. Ya empiezas á vacilar?

No prometiste ayudar?

LUISA. Pero...

CARMEN. Si la dicto yo.

LUISA. (Se sienta.) Haré cuanto se me mande.

(Cármen dicta: Luisa escribe.)

CARMEN. «Andrés.» (Ahí va la metralla!)
«Mi marido es un canalla.»

LUISA. Qué?

CARMEN. Canalla, con ce grande.
«Pues que verme le precisa
y hoy mi marido se va,
á las diez le esperará
hoy sola en su casa.—Luisa.»

LUISA. (Se levanta y la da la carta.)
Mas el pensamiento tuyo,
cuál puede ser, madre mia?

CARMEN. (Hace lo que indica.)
Ves? La carta que traía
con la tuya sustituyo.
Aquí ha de venir con él
á celebrar su fortuna,
y en vez de darle la una
le entrega la otra á Manuel.

LUISA. Mas si él juzga que su amigo...
qué va á haber entre los dos!

CARMEN. Luégo...

LUISA. Vienen!

CARMEN. Vámonos.

LUISA. No, no, mamá.

CARMEN. Ven conmigo.

(Salen por la derecha proscenio.)

ESCENA VI.

ANDRÉS, MANUEL, izquierda proscenio.

AND. Conque chico, tú has vencido.
Dichoso puedes volver.
Bien puedes agradecer
las noticias que he traido.
Ya te veo entrar pidiendo
perdon en aquella casa.

Pero callas? Qué te pasa?

MAN. Ay Andrés! yo no me entiendo.
Me traes nuevas placenteras
y me has dejado glacial.
El hombre es un animal
incomprensible de veras.
Cuando perdí su hermosura,
al mirarme desdeñado
me sentí desesperado,
juzgué amarla con locura.
Lloré, pedí, supliqué,
obtuve al fin compasion,
y hoy que alcanzo su perdon
ya siento que me le dé.
Tiemblo por la esposa mia,
vacilo ante aquella hermosa,
y me enamora mi esposa
y me fascina Lucía.
Quiero de ésta el corazon,
más sin faltar al deber;
es decir, que quiero ser
bribon, sin ser un bribon.
Cuando yo hago mal, la pena
con la alegría se iguala,
que la mitad mia es mala,
y la otra mitad es buena.
Si por la virtud de un palo
en dos me partiera Dios,
habría Manueles dos,
uno bueno y otro malo.
Pero como entero está
este Manuel, uno aún,
resulta que yo soy un
Manuel que ni es fó ni fá.

AND. Pues si estás arrepentido
yo vuelvo y se lo diré.

MAN. Yo no he dicho tanto. Iré
mañana. Estoy decidido.
Iré, mas mi pena es harta,
pero iré.

AND. No se concibe...

MAN. Y es Pepa la que te escribe?

AND. Aquí te traigo la carta.
(Va á su abrigo y saca la carta de Luisa.)
MAN. Pobre Pepa! La cautivas!
AND. Y vivimos felizmente.
Cuatro líneas solamente,
pero son muy expresivas.
Quieres leerla?
MAN. Dame acá.
(Cogiendo la carta y leyendo.)
Qué es esto? «Querido Andrés.»
Qué es esto?
AND. Pues ahí lo ves.
MAN. Qué dice!
AND. Pues ahí está.
MAN. Esto no es posible, no!
AND. Todo eso lo hice por tí.
MAN. Esto no es posible!
AND. Sí.
Cuando te lo digo yo!
MAN. (Ah! Por eso me alejaba
de mi casa, y qué inocente!)
AND. Qué cara has puesto!
MAN. (Contente
Manuel!)
AND. Vamos, acaba.
Qué te pasa?
MAN. (Vive Dios!
Cómo me supo engañar!
Mejor es disimular
y sorprender á los dos!)
AND. Echas por los ojos fuego.
MAN. Tal alegría sentí!
AND. Te guardas la carta?
MAN. Sí.
Por si me lo niega luégo,
AND. Hombre, no, debes confiar.
Aunque hay damas veleidosas...
Si al fin accede... Y hay cosas...
que no se deben negar.
Te vuelve ella la esperanza
y yo su carta entregué.
Entre amigos esto, ¿qué?

Hay confianza ó no hay confianza?
Siempre entre ambos existió
una confianza sin par.

MAN. (Canalla! Te voy á dar
confianza y amistad yo!)

AND. Conque al fin! Los brazos dame.
Te vas esta noche?

MAN. Sí.

AND. Que no te quedes aquí.

MAN. (Qué prisa tiene el infame!)

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA, por la derecha.

LUISA. (Mamá por todo atropella!
Es una insigne locura.
Yo no sigo la aventura.
Yo voy á impedir...)

MAN. (Es ella!)

LUISA. (Ya los dos! Me retrasé.
Si se la habrá dado ya?)

AND. (Bajo á Manuel.) No ves que agitada está?
Tendrá sospechas?

MAN. No sé.

LUISA. (Yo salgo pronto del lio.
Pronto se lo cuento todo.)

MAN. (Examinándolos.)
(Quiá! Ni mirarse! Qué modo
de disimular, Dios mio!)

AND. (Bajo.) Está turbada; que sí.
Mírala.

MAN. (No acabará!)

LUISA. Si aún en el abrigo está,
(Dirigiéndose al abrigo.)
podré sacarla de allí.)

MAN. (Mira incierta: hácia aquí viene.
(Observándola.) De nuevo observa á los dos.)

LUISA. (Acercándose.)
(Ya estoy muy próxima! Ay, Dios!)

MAN. Dónde vas?

LUISA. (Ah! Ya la tiene!)

LUISA. (Hará que de furia estalles,
pobre Manuel, esa impía!...)
AND. (Bajo.) Te digo que lo sabía.
MAN. Yo te digo que te calles!
LUISA. (Está agitado y sombrío!)
AND. Vaya un genio que has echado,
chico.
LUISA. (Y ese desgraciado,
se está riendo, Dios mio!
(Manuel se sienta pensativo.)
Que se vaya! No se irá?
Muy lejos le quiero ver.
Si me pudiese entender
por señas! Mirando está.
Manuel no nos mira ahora.
(Manuel apoya la cabeza en las manos.)
Váyase usted de esta casa.)
(Luisa hace mil señas á Andrés.)
AND. (Pero, señor, ¿qué la pasa?
Qué me dice esta señora?)
LUISA. (Volviendo á hacerle señas.)
(Qué torpe! no me comprende.
(Le hace más señas.)
Nada!)
AND. (Jesús! Dios piadoso!
Las riñas con el esposo
la han vuelto loca!)
LUISA. (No entiende.
Hombre! Váyase por Dios!)
MAN. (Disimulo y caerán.
Que veo! Pues no se están
haciendo señas los dos?
Su amor ante nada ceja
y les vende su delito.
Aire es lo que necesito.
Voy al balcon.) (Se dirige al balcon.)
LUISA. (Ya se aleja!)
MAN. (Ay! La frente se me abrasa!)
LUISA. (Ahora es ocasion, ahora.)
Caballero... Andrés... (Bajo.)
AND. Señora!
LUISA. Váyase usted de mi casa.

AND. Que me vaya!
LUISA. Sin tardar.
Ya sabrá usted... Ahora no.
Corre usté un peligro...
AND. Yo?
Por qué?
LUISA. Le van á matar!
AND. (Caracoles! Loca, sí.
No, por si acaso, me voy.)
MAN. (Hablan en voz baja! Estoy
por tirarlos por aquí!)
AND. Vaya, adios.
MAN. Anda con Dios.
AND. Vendrás?
MAN. Mañana calculo
que volveré. (Disimulo
y los sorprendo á los dos.)
AND. (Examinando asustado á Luisa.)
(Cómo su mirada brilla!
Con cuánta razon sospecho!
Jesús! Buena la hemos hecho
entre los dos! Pobrecilla!)
(Sale por el fondo derecha.)

ESCENA VIII.

LUISA, MANUEL y CÁRMEN.

LUISA. Manuel, ¿me quieres oir
un momento?
MAN. Oyendo estoy.
LUISA. Pues mira, Manuel.
CARMEN. (Entrando.) Yo soy.
(Bajo.) (Tonta, que ibas á decir.)
Pero, Manuel, qué haces, qué?
MAN. Que tengo tiempo calculo.
(Disimulo, disimulo!)
CARMEN. No te marchas?
MAN. Ya me iré.
CARMEN. Llamo á Pepe?
MAN. Claro está.
CARMEN. Vuelves mañana?

MAN. Eso quiero.
PEPE. Aquí le traigo el sombrero (Entrando.)
y el abrigo.
MAN. Dame acá.
Se puede marchar el tren.
Dame pronto! Estás en babía?
CARMEN. (Ay, qué gusto! Cómo rabia!)
LUISA. (Esto no concluye bien!)
MAN. (Bajo á Pepe.) (Si no me sirves leal
prometo romperte algo.
Escucha atento. Yo salgo
por la puerta principal.)
PEPE. (Está muy bien.) (Bajo á Cármen.)
Don Manuel
por la principal saldrá.
CARMEN. (Bajo á Luisa.) (Quedo enterada. Se irá
por la puerta grande él.)
MAN. (Haces callar al mastin,
y por el jardin...) (Bajo á Pepe.)
PEPE. (Pues no!) (Id. á Cármen.)
La del jardin le abro yo.
CARMEN. (Este abre la del jardin.) (Id á Luisa.)
MAN. Vamos; enterado estás?
Es un secreto de estado!
PEPE. Sí señor. (Queda enterado
Pepe... y todos los demas.)
MAN. Vaya, adios.
CARMEN. Abrigaté,
no te dé una pulmonía.
MAN. No hay miedo.
CARMEN. Porque sería
una lástima.
MAN. Sí á fe.
CARMEN. Vas bien.
MAN. Abrigado voy.
CARMEN. Que tienes suegra y esposa
que te aman!
MAN. (Qué pegajosa
está la señora hoy!
Pero Luisa á hablar no acierta.)
Vámonos, Pepe, ligero.
CARMEN. Vamos, Manuel, que yo quiero

acompañarte á la puerta.
(Salen por el fondo puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

LUISA.

Esperemos que se aleje.
Cierra la puerta: se va.
Ay, Dios mio! cómo está!
Qué cara tiene de hereje!
Ahora que estoy más segura
desde que Andrés se marchó,
casi me decido yo
á proseguir la aventura.
Será ,mal que no le cuadre,
víctima de mi malicia,
porque hay algo de justicia
en lo que intenta mi madre.
Y pues que cruel me burló
y ha sido tan poco hidalgo,
que sufra el infame algo
de lo que he sufrido yo.
Que sepa lo que es querer,
que aprenda lo que es dudar,
que entienda lo que es llorar
y aprenda en su padecer.
Y pues no ha sufrido aún
tormentos que da el demonio,
y ya que en el matrimonio
todo debe ser comun,
pues le apuré con locura
entero en mil hebras rotas,
que beba él algunas gotas
del cáliz de la amargura.
Ahora que sufra mi encono,
luégo le descubro el juego,
luégo le hablo fuerte, y luégo
á su suerte le abandono.
Siento pasos... Es él... sí.
Ha dado la vuelta ya,
y por el jardin vendrá.

Dejémosle sólo aquí.
(Sale por el fondo derecha.)

ESCENA X.

MANUEL, por el fondo izquierda.

Despacio... No se me siente.
Toda prudencia es escasa.
Señor! Entrar en mi casa
cual si fuera un delincuente!
Cómo se olvidó de sí?
Cómo de mí se olvidó?
Vamos á ver: ¿qué hice yo
para que me trate así?
¿Por qué con traiciones lucho
de ese corazon artero,
cuando sabe que la quiero:
porque yo la quiero mucho!
Mis faltas... imaginarias.
Para mi mujer mi amor.
¿Qué tiene que ver, señor,
el que á mí me gusten varias?
Para ellas mi amor no fué.
Hay del mundo en los arcanos
brillantes americanos
y cariños de dublé.
Su crimen no tiene nombre,
y el mio tiene disculpa,
porque mi culpa no es culpa,
porque yo he nacido hombre.
Soy un hombre, y á esto voy:
ella es mujer, claro es;
si es perjura lo es por tres,
si yo lo soy no lo soy.
Luego yo no he sido impío
y para ella no hay pretexto:
el mundo así lo ha dispuesto,
yo me aprovecho, Dios mio!
Ella sí merece pena
y yo no merezco nada,

porque no quedó infamada
cuando amé mujer ajena;
porque su nombre está ileso,
porque yo no la infamé,
ni perdí mi honor, porque
los hombres no tienen eso.
Qué oigo! vienen hácia acá:
esta cortina... Ahora es mia.
Qué vergüenza! yo un espía!
Á dónde he llegado ya?
(Se oculta tras la cortina de la puerta del proscenio de la izquierda.)

ESCENA XI.

CARMEN, MANUEL, oculto: salen fondo derecha.

CARMEN. Hija mia, dónde vas?
LUISA. Voy á esa pieza vecina.
(Se mueve aquella cortina. (Bajo.)
CARMEN. El es el que está detrás.
LUISA. Piensa que no se le vé.) (Id.)
MAN. (No sé cómo me contengo.)
CARMEN. (Ah! Luisa! qué ganas tengo (Id.)
de reirme!
LUISA. Cállate.)
Mamá, te vas á acostar?
CARMEN. Es tan temprano, hija mia!
LUISA. Te levantas con el dia...
MAN. (Ah, infame! La quiere echar!)
LUISA. Se inclina al suelo tu frente.
No lo puedes resistir.
CARMEN. Es verdad; voy á dormir.
MAN. (Sacando la cabeza.)
(Ah! La madre es inocente!)
CARMEN. Ay! Qué sueño tan molesto!
Me voy á librar de él.
¿En dónde estará Manuel?
LUISA. En Pinto.
MAN. (Sí, por supuesto!)
CARMEN. Pobre Manuel! Irá andando

y no hará más que pensar...
(Hombre, le voy á alabar
ahora que me está escuchando.)
Pobre Manuel! Yo respondo
de que va muy disgustado.
Es un poco atolondrado,
pero tiene muy buen fondo.
Es calavera y variable,
su conducta desorienta,
pero, Luisa, á los cuarenta
eso es cosa disculpable.
Te tiene algo disgustada,
mas no le riñas, mujer,
que es necesario atraer
á la oveja descarriada.
Cuando pase de su abril
ya verás, cual un cordero,
cómo viene al matadero:
quiero decir, al redil.
Vaya, adios ya, que la calma
de mi lecho me convida.
Adios, hija de mi vida.

MAN. (Adios, suegra de mi alma.)
(Sale Cármen por el fondo derecha.)

ESCENA XII.

LUISA, JUANA, MANUEL, oculto.

LUISA. Juana! Ven! (Llamando.)
JUANA. Qué manda usté?
LUISA. Se fué Pepe?
JUANA. Se marchó.
He quedado sola yo.
LUISA. Está bien... acuéstate.
JUANA. Señora, inmediatamente,
que me levanto á la aurora.
Muy buenas noches, señora.
MAN. (Ah! La criada es inocente!)
JUANA. Me alegro de que trasnoche
y que se lo lleve el tren

al señorito. Qué bien
vamos á pasar la noche!
Gracias á Dios que se fué.
Yo no sé cómo le aguanta.
Ay! es usted una santa!
Qué marido tiene usté!
Viene tarde, y con encono
nos habla y se desentona.

MAN. (Ah! grandísima bribona!
Yo te daré el desentono!)

LUISA. Vamos, Juana, bien está.
Silencio y acuéstate.

JUANA. Ay! Qué bien que dormiré!
Hoy no nos despertará!
(Sale fondo izquierda.)

ESCENA XIII.

LUISA, MANUEL, oculto.

LUISA. (Está la casa solita.
A mi mamá la alejé!
Me parece que arreglé
bien todo para una cita.
Y él allí lleno de horror
mi respiracion escucha.)

MAN. (Cómo lucha, cómo lucha
entre el deber y el amor!)

LUISA. (Con qué cara me examina!
Me subleva el contemplarle!
Estoy por ir y sacarle
de detrás de la cortina,
y con altiva mirada
llena de furia y desden,
decirle: mírame bien!
Soy una mujer honrada!
Mas no; siga su suplicio.
Que sufra, que llore y pene.)

MAN. (Aún vacila y se detiene
al borde del precipicio.)

LUISA. (Pero no... Ya la hora es

y está esperando el galan.
Cara triste... mucho afan...)
(Fingiendo duda y agitacion.)
Madre mia!... Esposo... Andrés...
(Llevándose la luz. Sale por el fondo, derecha.)

MAN. Ah! traidora! Así atropella
el nombre que la dí yo. (Entrando furioso.)
Como ella me sorprendió
voy á sorprender á ella.
Oscuridad... Esto es.
Ahora, que la salve Dios!
En viniendo aquí los dos
vamos á acabar los tres.
Abrieron la puerta! Sí.
No se puede ver y miro.
Oigo un murmullo, un suspiro.
Se dirigen hácia aquí.

ESCENA XIV.

MANUEL, LUISA y CÁRMEN. Luégo JUANA, despues PEPE, por el fondo derecha.

MAN. (Ellos son. Claras señales
son pisadas apagadas,
inciertas. En las pisadas
se venden los criminales.)

LUISA. Despacio... Sígueme á mí.
Puedes entrar sin cuidado.
Todo duerme descansado.
Qué dices! Es verdad? Sí.
En casa no está Manuel.
En eso tienes razon.

MAN. (Por más que pongo atencion
yo no escucho la voz de él.
Que acabarán mal preveo
estas locas aventuras.)

LUISA. Qué me dices que está á oscuras?
Mucho mejor.

MAN. (Ya lo creo!)

CARMEN. (Ay, Dios! Estoy asustada.

Esto es una atrocidad,
pues puede en la oscuridad
pegarme una puñalada!)
(Luisa y Cármen se sientan en el divan)

LUISA. Ven, siéntate, y aquí en calma,
en este recinto estrecho,
deja que vierta en tu pecho
cuanto yo llevo en el alma.
De amor me inundó el traidor
el alma que fué de él;
pero hoy es tanta la hiel,
que se está ahogando el amor.
Le dí mi vida al ingrato,
le amé como quieren pocas,
y él corriendo en lides locas,
tras un amor insensato
que del todo le avasalla,
destrozó mi vida entera
cual desgarrada bandera
en los campos de batalla.
Que ya mi amor no ambicione;
mas ¡ay! qué tristeza da
el amor cuando se va
como el sol cuando se pone.
Al amor desden profundo
no es extraño que suceda,
y hoy tan sólo ya me queda
tu cariño en este mundo.

MAN. (Qué dice!)

LUISA. Él es mi enemigo,
y verle más no podré.
Esta casa dejaré
y me iré á vivir contigo.

MAN. (Con él!)

LUISA. Rogué mil y mil
veces, pero ya es en vano.
Ven á mí! (La besa con pasion.)

MAN. (Fuera de sí.) Dios soberano!
Pronto! Una luz! Un fusil!
(Dando vueltas y tropezando.)

LUISA. (Ay, Dios mio! (Asustada.)

CARMEN. Dejalé,

que ahora se confundirá.)

MAN. Pronto! Una luz! (Furioso.)

JUANA. (Entrando.) Aquí está.

MAN. Un fusil! (Sin ver todavía.)

CARMEN. Un qué, un qué?

MAN. Usted! No sé lo que digo.
Usted... No sé lo que veo.
Pero,.. ustedes... calma! (Creo
que se divierten conmigo!)

CARMEN. Hombre, no nos mire usté,
que la comedia acabó.

MAN. Esta carta?...

CARMEN. La escribió
porque yo se la dicté.

LUISA. Sí, madre, mi amor profundo
hácia él ya no volverá.
Hoy sólo me queda ya
tu cariño en este mundo.
Él es desde hoy mi enemigo.
Con él vivir no podré.
Esta casa dejaré
y me iré á vivir contigo;
con la que no me ofendió,
con la que en querer se afana;
y ahora, pronto el coche, Juana,
porque nos vamos.

MAN. (Interponiéndose.) No, no!
Oye; escúchame.

CARMEN. Sí, sí.

MAN. Pepe!

PEPE. Señor! (Entrando.)

MAN. En seguida,
cierra las puertas y cuida
que nadie salga de aquí.

LUISA. Yo, si lo quiero, me iré,
que aquí no soy prisionera.

CARMEN. Y como marcharse quiera,
con ella me marcharé.

JUANA. Pues lo que es Juana se va
si se va la señorita.

PEPE. Pues si se marcha Juanita
con Juana Pepe se irá.

CARMEN. Y si el diablo no le auxilia,
sólo aquí le dejaré,
que los hombres como usté
no deben tener familia.

MAN. Basta ya! Salid de ahí.
Si dejarme decidió,
quien se vaya seré yo,
que soy el que sobra aquí.
(Salen Juana y Pepe.)

ESCENA XV.

LUISA, CÁRMEN, MANUEL.

MAN. Luisa, ¿me vas á atender?
Cármen, ¿tendrá usted piedad?
Voy á decir la verdad.
Pero no me van á creer.
No me creerán; es probado.
No tengo perdon de Dios:
lo sé; con vosotras dos
estoy desacreditado.
Ese amigo, ese me infama.
Soy así, tan débil soy
que como perro me voy
con cualquiera que me llama.
Mas sabe, esposa querida,
lo digo de corazon,
que me sirvió la leccion,
que fué dura y merecida,
que he visto mi infamia clara,
que te quiero veces cien,
que á usted la quiero tambien,
aunque ponga usté esa cara;
que vivir entre las dos
será mi mayor contento,
y que, en fin, yo me arrepiento!

CARMEN. Hombre, vaya usted con Dios!
No pronuncie ya ese nombre,
porque á mi furor da creces.

Se arrepiente usted más veces
que Fernando sétimo, hombre!

MAN. Si mi presencia es molesta
me iré. (Se aleja.)

LUISA. (Se va, Dios clemente!
Ay mamá! Ya se arrepiente!) (Conmovida.)

CARMEN. (Adios! ya se ablandó esta!)
Me saca de mis casillas!

MAN. Perdon al arrepentido!
De rodillas se lo pido!

LUISA. Y lo pide de rodillas!

CARMEN. No basta. Mucho ha pecado.
Que lo pida en cruz ahora.

MAN. En cruz, ya lo estoy, señora,
desde el dia de casado.

CARMEN. Siempre las mismas. Mujeres
al fin. Yo doy mi perdon;
mas con una condicion.

LUISA. Y yo con otra.

MAN. Qué quieres?

CARMEN. Que ese amigo maldecido
no vuelva.

MAN. No entrará más.

CARMEN. Si viene le soltarás
el perro.

MAN. Está concedido.
Alcanzado su perdon,
la otra condicion escucho.
Cuál es?

LUISA. Que me quieras mucho!

MAN. Con todo mi corazon!
Tus brazos! (Abrazándola.)

LUISA. No he de querer?

MAN. Y usted?...

CARMEN. Tambien.

MAN. (Abrazándola.) Qué fortuna!

CARMEN. (Sí, por abrazar á alguna
que no sea su mujer.)

LUISA. Volvieron mis alegrías,
y ya recobré la calma.
Ya lo ves, mamá del alma,
ya lo veis, señoras mias. (Al público.)

Que no hay más medio recelo:
paciencia, calma, prudencia;
mas si con mucha paciencia
dicen que se gana el cielo,
sin la escala de Jacob
subir al cielo confío,
que con algunos... Dios mio!
NI LA PACIENCIA DE JOB. (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

El domador de fieras	1	D. J. Campo Arana (*Mitad*).	L.
El güinero celoso	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
El lucero del alba	1	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios	1	Manuel Nieto.....	M.
La jota aragonesa	1	Sres. Navarro y Fernandez Caballero.....	L. y M.
La matancera	1	D. Manuel Fernandez...	L. y M.
La pecadora, canción	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero.....	L. y M.
Las hijas del tambor mayor	1	R. L. P. de Guzman.	L.
Las guarachas	1	D. Manuel Fernandez..	L. y M.
Los negros catedráticos	1	Manuel Fernandez..	L. y M.
Nos matamos	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
Sonó la flauta	1	Cuartero y Taboada.	L. y M.
Espiridion en Vulcano	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
La clave	2	Campo Arana (*Mitad*)	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné.*—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.